

# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII

San José, Costa Rica 1929 Sábado 19 de Enero

Núm. 3

## SUMARIO

Estados Unidos y Centro América.....	H. L. Mencken	Todavía quedan absurdos litigios fronterizos en Hispano América.....	Antenor Orrego y Alfredo L. Palacios
Por la libertad de Venezuela.....	Gonzalo Carnevali	Dos notas.....	Mario Sancho
Charla desordenada sobre Gómez y el gomecismo (1).....	Alejandro Albarado Quiros	La verdadera educación.....	A. Lawrence Lowell
Algunas palabras con Haya de la Torre.....	James M. Barrie	Carta.....	J. Pijoán
Discurso.....	Germán Pardo García	Tablero (1929).....	
Margarita Ogilvy (7).....	Clodomiro Picado T.		
Página lírica.....			
Supresión de un «instinto» por suero de la misma especie.....			

A despecho de los brillantes fuegos artificiales contra la hegemonía *Yanqui* que caracterizaron la conferencia Pan Americana de La Habana, es obvio para todo el mundo que «el Tío Samuel está firme en los estribos» al Sur del Rio Grande; y que de éste a la Zona del Canal, la extensísima área es suya para siempre. Ciertamente empresas tales como la invasión de Nicaragua y la ocupación de Haití, son sólo proyectos temporales, pero no conducirán por ello a abandonar dichas tierras sino por el contrario a permanecer en ellas. Cuando los marinos portando sus «trofeos de cabelleras», retornen de la aventura en Nicaragua, tierra pequeña y desamparada, en nada se distinguirá en su carácter de Estado Soberano de Cuba y Panamá, y dentro de veinte años, las tres serán hermanas de Puerto Rico y las Islas Virgenes.

No parecen comprender la situación de Cuba, las *hordas* de americanos 100% que visitan La Habana todos los inviernos buscando resarcirse de los rigores del Metodismo y el Fundamentalismo, en *Oriental Park* y en *Sloppy Joe*, el celebrísimo bar. Ven policías en las esquinas y escuchan las estridencias del jazz en todos los barrios de la ciudad, y deducen de ello que todo está perfectamente. Pero si buscaran amistosamente las confidencias de cualquier cubano, salvo cantineros o fotingueros, pronto sabrían que no es así. El hecho es que la Perla de las Antillas está regida como una casa de corrección y que su gobierno es poco más que un agente de los Estados Unidos. En ningún sentido representa tal gobierno al verdadero pueblo de Cuba; representa solamente a los propietarios de la Isla, en gran parte americanos. En el instante mismo en que el pueblo de Cuba tratara de tomar las riendas de los asuntos en sus propias manos, el Tío Samuel y sus galantes zurriagadores se presentarían personalmente y ya no podrían los cubanos quitárselos de encima hasta el colapso final de los mundos.

El resto de las pequeñas repúblicas centroamericanas se desliza precipitadamente por el mismo bien engrasado plano. Una por una van recibiendo el «chapuzón»; primero Cuba, después Panamá, en seguida Haití y Santo Domingo y ahora Nicaragua. Sospecho que al Salvador a estas horas le está llegando su turno. Honduras, Costa Rica y Guatemala crecen rebeldes en sus selvas apartadas. El mismo

## Estados Unidos y Centro América

Por H. L. MENCKEN



Sugestiva insignia, estampada a los flancos de los aviones que en Nicaragua hostigan a Sandino. Arriba dice el letrero: *Semper Fidelis*. Y abajo hay otro que dice: U. S. Marines. Comentario: El que tenga oídos, que oiga; y el que tenga ojos, que vea.

México, profetizo formalmente, está sentenciado a pasar bajo las Horcas Caudinas; si no se realiza en un solo asalto, será en varios, fragmento a fragmento, (Texas y la Baja California), pero ello será al fin. Los grandes estadistas que operan en Washington, cualquiera que sea su imbecilidad en otros extremos, tienen sin duda un sutil conocimiento de los de su clase; saben bien que para un político profesional, el principio y el fin de las cosas es su «tajada», su «jamón.» Désela, asegúresela y recibirá órdenes hasta la consumación de los tiempos, ya sea de Wall Street o de Main Street, del Trust de la Bebida o de la Liga Anti-Alcohólica, del Papa o del Diablo. Este simple y elemental principio conforma la política americana del Caribe. La treta se lleva a efecto poniendo en los puestos públicos a hombres seguros y sanos manteniéndolos en ellos con la punta de las bayonetas. Se la ha empleado en Cuba, en Santo Domingo y en Haití; se la utiliza ahora en Nicaragua y se practicará eventualmente en cualquiera de las repúblicas de El Paso a Colón.

El procedimiento es tan fácil que casi mueve a risa. En el momento que se efectúa, la posición de los Estados Unidos dentro del Derecho Internacional se hace inataca-

ble, por muy débil que sea a la luz de la más elemental decencia. Los marinos no sólo están tolerados por los usufructuarios de los puestos y prebendas: su ayuda es requerida, más aun, exigida. El asunto es pues completamente legal, oficial y se realiza a nombre de altos principios. Nadie tiene derecho a objetar o quejarse excepto los indígenas fugitivos en los bosques y montañas o la gran masa gregaria a la que le importa poco un político u otro. Toda la gente de verdadera importancia está satisfecha: los nativos ricos porque ven su dinero seguro, los banqueros extranjeros porque cobrarán los intereses de sus préstamos, los concesionarios porque los marinos guardan sus concesiones y los si-necuristas porque sus agios y prebendas están asegurados.

Ni aun los insurgentes, royendo raíces en los montes se entristecen demasiado, porque los consuela la esperanza de que su turno les llegará. Bajo ningún concepto es disparatada tal esperanza porque el Tío Sam cree firmemente en el «juego limpio» y en la equitativa «división de las utilidades». Tan pronto como un estadista nativo da señales de no creer en la democracia actual, lo que ocurre tan pronto como no cae bajo la definición *bolchevique*, del Departamento de Estado, puede es-

perar confiado en que «su día llegará». Que sea liberal o conservador es lo mismo para el Tío.

En 1917 los Estados Unidos mantuvieron como Presidente a Menocal, un conservador, y cuando José Miguel Gómez, su oponente liberal, hostigado por la situación, se levantó en armas, se hizo zumbiar el sable, y José Miguel confesó prudentemente que estaba vencido. Hoy el Presidente de Cuba, General Machado, es un liberal, pero goza la misma alta protección que Menocal. Que los verdaderos liberales traten de oponerse a la situación actual y los marinos pasarán bajo el Morro a la caída de la tarde.

## II

No hay, sin duda alguna, señales de que intenten hacerlo; sería algo así como tratar de desembarazarse del Trópico de Cáncer. Tiene el actual gobierno a su favor, en relación con cualquier otro oponente, un poder más grande que el del Imperio Romano en sus días de mayor gloria; está respaldado por la sangre, el sudor y el dinero de 120 millones de dóciles americanos. No hay muchos politicastros en Latino América que suspiren encontrarse en frente de tales fuerzas. De vez en cuando un Sandino, emergiendo en mitad de la jungla tropical, puede hacerlo, o un astuto Gómez intentará una finta hábil, en la esperanza de sacar algo al esfuerzo, pero la mayor parte de los políticos en hispano América, y en todas partes, gustan de las medidas pacíficas. Saben que si tienen paciencia les llegará su vez. En Nicaragua todos se han puesto de acuerdo, excepto el irreconciliable Sandino. En Cuba los directores de todos los partidos organizados apoyan al Presidente Machado en sus esfuerzos por extender su término de cuatro a seis años: todos esperan salir adelante con él, preparándose para asegurar sus puestos el día que desaparezca de la escena política. Y lo mismo ocurre en Santo Domingo y Haití.

Los proyectos norte-americanos no producen alteración alguna de temperatura en los países latino-americanos al margen de dichos proyectos. Podrá usted oír decir que tal o cual estadista uruguayo, argentino, etc., gime plañideramente ante las desventuras de los haitianos, o lo embarga la indignación ante los procedimientos empleados en Nicaragua. A todos estos estadistas y gobernantes del resto de la América española, les importa tan poco el acoso de Nicaragua

por los marinos, como lo que puede importarle al alegre tipo de Broadway el hecho de que Tennessee esté sitiado por los Fundamentalistas, y les alegra no tener que pagar a los marinos personalmente. Es molesto y vergonzoso para un argentino atildado que lo metan en la colada con un haitiano.

Siendo esto así no habrá verdadera oposición a la nueva política de los Estados Unidos en sectores donde la oposición podría ciertamente ser embarazosa para ellos. Puede haber crítica académica, teorizante, pero no habrá resistencia efectiva. Porque la Filosofía *Yanqui* marcha a la cabeza de los marinos y ha penetrado en las Repúblicas Latino Americanas rebajando el nivel cultural a la altura de Mississippi o Delaware y corrompiendo a cada latino-americano con un sombrero de copa a la cabeza y dinero fácil en el banco. Toda la América hasta el lejano confín del Cabo de Hornos está llena de suspicacias y el poder en manos de hombres altamente razonadores y sin sentimentalismos. Éstos abogan tan firmemente como cualquier idealista de los de Wall Street, por la ley de la razón y el pronto pago de los intereses. Pueden ser latinos, pero son también hombres de negocios. Excitados por el vino podrán quizás proferir blasfemias condenatorias contra el Tío Sam, y en su camino hacia la oficina llegarán hasta pensar en la conveniencia de tirarle de la patilla, pero tan pronto como se les enfríen los pies y la cabeza, serán tan severos y agrios en sus juicios como el mismísimo Dr. Kellogg. A más de un cubano sin escrúpulos y con un riñón bien cubierto, le regocija en estos días el que Martí

y Maceo murieran antes del primer día de elecciones en Cuba.

### III

México evidentemente presenta un problema más arduo y complicado que las ya mencionadas repúblicas, pero no veo razón alguna para que la solución del mismo deba preocupar a la nueva diplomacia de los Estados Unidos. Todo lo que se necesita es otra revolución en ese país de fuertes contrastes; tierra de sombras y de luz. Y nada más fácil de organizar que una revolución, como nos probó el Dr. Roosevelt en Panamá el año 1903. Unos cuantos carros con armas deslizados a través del Río Grande pueden hacerla estallar mañana mismo. En todo caso un desparrame de fraternales tiros seguiría a la retirada del Dr. Calles presentándose enseguida una plé-

yade de brillantes generales, aspirantes a recoger los peniques del Tío Sam. Una vez que «un Campeón de la Verdad y la Justicia» sea elegido por el honorable árbitro y se le entregue la nómina jugosa, los marinos harán el resto. Quiero predecir formalmente que si los mexicanos no reanudan el pago de los intereses completos de la deuda, los americanos usarán sus métodos antes del día 1.º de enero de 1930. Es más, paguen o no paguen tales intereses, ello ocurrirá de todos modos antes de mediar la centuria.

Pero pacificar ese país, ¡no digo yo!, será empresa de largos años, gigantesca, y costará miriadas de vidas preciosas. Mi opinión es que se hará en algo menos de la mitad del tiempo empleado para ello en las Filipinas. En Filipinas los Estados Unidos tuvieron que batirse contra toda la población; y a ex-

cepción de unos pocos rufianes sacados de los presidios (bella manera de civilizar) con ese determinado objeto, no contaron con un solo aliado nativo. Pero en México como en Nicaragua tendrán los marinos la ayuda de hordas de indígenas dirigidos por el nuevo Presidente marca yanqui y todos los estrategas de su estado mayor. México ciertamente se pacificará a sí mismo, como Kansas se pacificó a sí mismo y como Illinois del Sur está tratando de hacerlo ahora. Quizás algún Sandino se mantendrá en las montañas y bosques por largos años y aun puede que por generaciones, del mismo modo que unos pocos irreconciliables confederados se sostienen en los pantanos de la Luisiana aun hoy. Pero todos los poseedores de prebendas y sinecuras darán la bienvenida a los hijos de Yanquilandia y en muy poco tiempo Sloppy Joe tendrá sucursales en toda la capital y los perros calientes se extenderán desde Tia Juana a la frontera con Guatemala. Para esa época, indudablemente, no habrá fronteras con Guatemala, ni con Nicaragua, ni con nadie; *toda la América Central será un feudo Rotario.*

Sin duda ello costará algunos marinos. Cruzando los pantanos, escalando las montañas y atravesando los ríos perecerán unos; otros serán «tumbaos» por los «bandidos». (ya sabemos a qué llama el Tío Sam bandidos en Centro América). ¿Pero para qué se enrollan los marinos sino para ser «tumbados por los bandidos?»

(Tradujo J. M. Valdés-Rodríguez, del *American Mercury*, New York, para *Carteles*, La Habana; de donde lo hemos tomado).

*Noticia.*—Dice el traductor de este artículo:

Mencken es, sin duda, una de las más altas autoridades críticas de la Unión. Urgido por un ardiente descontento político-social, esgrime su pluma tajante, contra todo despropósito o injusticia de los suyos. Al aparecer en la crítica norteamericana, hasta entonces desvaída y sin arrestos, la figura singularmente dinámica de H. L. M., se sintió que alguien había llegado. Vivamente interesado en los problemas vitales de la humanidad, reveló en seguida bajo la superficie del crítico literario, su interés esencial por las ideas políticas y filosóficas científicas y sociales. Posee una extensísima y bien organizada cultura y una inteligencia de rigurosa y apretada disciplina, unidas a un fino sentido de aquilatación. Agnóstico e iconoclasta truena sin descanso contra toda avilantez con la misma rudeza virulenta que caracterizara sus primeros arrestos. Muchas veces podrá estar Mencken equivocado, pero lo que no admite dudas, aun para sus enemigos, es la sinceridad y honradez del objeto. Finamente irónico gusta Mencken de lanzar paradojas. Lo hemos oído en una ocasión, por cierto memorable, decir que «la libertad y la democracia están siempre reñidas». En su país sin duda que tal afirmación parece confirmarse. Un sentimiento poético, hondo y rico, y esto sí que es paradójico, completa la fuerte personalidad de este triunfador nato.

*American Mercury*, de donde tomamos el artículo mencionado es propiedad de Mencken, y su tribuna preferida está considerada como la publicación más seria y autorizada de Norte América.

CON el objeto de que llegue a todos los lugares del país la voz de angustia, de indignación y de fe de un intelectual venezolano enemigo de la dictadura de su patria, insertamos en este mismo número la conferencia que don Gonzalo Carnevali dijo ayer en el patio de la Universidad Libre. Consideramos que es un deber nuestro, como profesantes de las ideas liberales, o sea como partidarios de los sistemas de gobierno fundados en la libertad, contribuir a que sean conocidos por el pueblo colombiano los pecados de la tiranía en una nación que, aparte del régimen político que la domina y la explota y la avergüenza, tiene muchos rasgos de similitud con la nuestra. Una franca simpatía hacia la causa de los numerosos y abnegados hijos de Venezuela que siguen en países extranjeros una lucha difícil por el derrumbamiento de la iniquidad imperante en su patria, empezando por informar al continente y al mundo sobre lo que en ella sucede, nos impulsa a poner de nuestra parte cuanto nos sea dable para que sobre la tragedia del pueblo venezolano no siga cayendo un silencio que es una complicidad.

Con tal criterio hemos facilitado la publicación del amargo libro de José Rafael Pocaterra (1). Con ese criterio hemos amplificado en la medida de nuestra circulación editorial, la resonancia de aquellos incidentes del largo martirio venezolano que

(1) *Memorias de un Venezolano de la Dedicación*. En dos tomos. Ediciones Colombia. Bogotá, 1927. Con un estupendo prólogo de Eduardo Santos.

## Por la libertad de Venezuela

— Editorial de *El Tiempo* de Bogotá —

han podido prolongar hasta aquí su eco doloroso. Con ese criterio recogemos hoy en nuestras columnas el relato atormentado de Carnevali donde corre sobre frases de melancolía y de cólera justiciera, de dolor y de amor, de coraje patriótico y de rubor apenas oculto por el hervir de un sentimiento más poderoso, el sentimiento de la protesta, el gran drama terrible de Venezuela, país que, al pensar de uno de los hombres del régimen, está «al margen de las corrientes de la civilización». Es necesario, para ir preparando la llegada de un día en que el continente no sienta la afrenta de un despotismo bárbaro, difundir por todos los pueblos americanos el conocimiento de lo que son las tiranías de hombres sin cultura, como la de Venezuela. No es posible que los agentes ampliamente remunerados del general Gómez en los países de América continúen haciendo funcionar un servicio de propaganda no precisamente a favor de Venezuela sino a favor de la dictadura, sin que a la mentira pregonada se le ponga la rectificación que nadie remunera. Todos los espíritus afiliados a la libertad, y especialmente, entre ellos, los que tengan una pluma en la mano y un órgano de publicación, deben cooperar en la obra de los exilados de Venezuela, para que no se engañe a la conciencia americana. A los libros de los Vallenillas, a las maniobras

de muchos diplomáticos que andan por estas comarcas de nuestra raza indo-latina, a los centros cortesanos de los poetas que cambian epopeyas por bolívares, hay que responder con los testimonios, sangrantes de realidad, de los venezolanos no prostituidos por el oro de Maracay ni acobardados por los grillos de Puerto Cabello.

Especialmente, no se debe permitir que las nuevas generaciones hispano-americanas ignoren la verdadera tragedia de Venezuela. Si se tratara realmente de un sistema fuertemente autoritario de gobierno, de un orden jurídico antiliberal, de un «cesarismo democrático», máscara decente, rótulo doctrinario que ensayó ponerle a la tiranía de Gómez una inteligencia cínica, pero culta, acaso podría tolerarse un poco de temperancia en la crítica. Pero es que en Venezuela no hay propiamente un gobierno que rige un país con un puño de hierro, sino un capitán que ha tomado una plaza y la ha entregado al saqueo de los suyos. Allí no existe un régimen, sino un despojo garantizado por las armas. En tal concepto, no merece la tiranía venezolana que se le considere como otros regímenes dictatoriales contruidos sobre una doctrina o animados por un espíritu que no está incluido entre los delitos del derecho común. La campaña continental contra ella ha de ser rígida, tenaz, implacable,

hasta que triunfe, como habrá de de triunfar.

### Charla desordenada sobre Gómez y el gomecismo

*Esta charla, a la cual continuó considerando dentro del ciclo de conferencias organizado por Alfonso López, debió de leerse ayer en el Municipal; por razones que todos saben, se dice hoy en esta casa, cuya generosa hospitalidad jamás sabré agradecer bastante. El señor De la Rosa, tan hábil servidor de Gómez como mal ciudadano, ha logrado sólo, pues, con su reciente triunfo diplomático, hacer más cálido el ambiente de este acto, dando ocasión a que pasara de un sitio estrechamente municipal, a otro mucho más amplio y aireado, desde el punto de vista del espacio ideológico.*

Fué de tal modo generosa la actitud de la prensa y de la juventud de Colombia frente a los últimos desmanes de Gómez contra los universitarios de Caracas; se nos ha recibido a los estudiantes venezolanos con tan franca hospitalidad entre vosotros, que mis primeras palabras en este acto no pueden ser sino de fervorosa gratitud.

Esa gratitud sube de punto si se compara vuestro cordial recibimiento con el que nos dispensaran esos ásperos peñones cartagineses que se llaman Bonaire y Curazao, primeras etapas necesarias de nuestra fuga hacia la libertad, hacia la vida, hacia la civilización.

Expulsados de allí por un gobierno que, merced a ciertas ventajas económicas concedidas por el

despotismo venezolano, ha llegado a ser una avanzada de éste en las Antillas, mi hermano y yo seguimos naturalmente a Colombia, seguros de hallar aquí no sólo amparo contra persecuciones que no cesan ni en el extranjero, sino ambiente propicio a nuestra causa, que es la causa de Venezuela.

Ya en Bogotá, al asistir a dos o tres conferencias de las que, merced a una feliz iniciativa de Alfonso López se dictan en esta cátedra libre, campo abierto a la discusión de todas las ideas y de todas las tendencias, y por lo mismo, exponente fiel de la libertad civil y de la inquietud espiritual, de un concurso siempre numeroso y selecto, dime a pensar si una disertación mía sobre la actual situación política venezolana tendría interés para un público integrado en su totalidad por elementos netamente colombianos. Y vinieron a darme la afirmativa las hondas simpatías de Colombia hacia Venezuela, sentidas por mí en todas partes; el hecho de que un cuadro vivo y palpante de los extremos a que puede llegar la dictadura siempre será lección provechosa y fecunda para todos los pueblos, y ese odio proverbial a dictadores y tiranos que ha sido en todo momento, base indiscutible y de honor indisputable de la democracia colombiana.

Me arrogo, para hablar aquí, la representación de los universitarios de mi país y la de todos sus hombres de corazón y de conciencia, seguro de que esta representación, sin visos de cancelería, ha de ser a vuestros ojos mucho más sincera y legítima que la de tantos otros como andan por ahí con ujier a la puerta y bandera tricolor a la ventana, amparados en títulos de bochornosa precedencia.

Ahora, permitidme unas cuantas explicaciones necesarias sobre la disertación que vais a oír: la he tildado de charla y no de conferencia, para no comprometerme demasiado. Ahonden otros en las raíces étnicas e históricas del despotismo en mi país; yo he de limitarme aquí a esbozar en periodista, sin vestir ropajes, que no tengo, de historiador o de sociólogo, algunos de sus cuadros más característicos, los suficientes a dar la impresión total de un conjunto que es a la vez grotesco y trágico. De todas las críticas que pudieren hacerse a esta charla, acepto desde luego todas las de índole literaria y rechazo las que pretendan atacar su veracidad. Los hechos en ella referidos, o fueron presenciados por mí o son públicos y notorios en Venezuela.

Otra crítica han de hacerme los defensores y amigos de Gómez y de su régimen: la de exhibir impudicamente en el extranjero llagas y vergüenzas venezolanas. Pero, aparte de que Gómez no representa ni ha representado nunca en derecho a Venezuela, frente a las llagas de la patria no quedan más que dos caminos: o encubrirlas y vivir de ellas, o ponerlas al sol para que se sanen.

Nadie podrá dudar de que es mucho más digno y decoroso lo segundo.

**Gómez único.**—Jamás tirano alguno disfrutara de un poderío tan amplio y absoluto como el que ha ejercido y continúa ejerciendo Juan Vicente Gómez en Venezuela. La fórmula **Gómez único** de los serviles de la dictadura es más cierta de lo que ellos piensan. Único en el dere-

## Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

*La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia, avisa que faltan unos ₡ 2.000-00 para completar la suma con que se comprará una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.*

*Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 2.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscripción y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.*

Rep. Am.....	₡ 25.00
José Guerrero .....	25.00
Octavio Jiménez .....	25.00

cho a la presidencia, único en el mando, único en el manejo de los fondos públicos, único en la ausencia integral de fronteras morales y jurídicas para gobernar a sus conciudadanos, y único, a pesar de otras tiranías, en la historia contemporánea de América. En él se resumen y concentran, sin paliativos ni temperamentos, todas las fuerzas vivas del Estado: la fuerza económica, el ejército, la prensa, el congreso, la judicatura. Es el supremo legislador y el juez supremo. Si es evidente el refrán de que no se mueve hoja del árbol sin la voluntad de Dios, también es evidente que en Venezuela esa misma hoja no se atrevería a moverse sin consultar la voluntad de Gómez.

Y esa voluntad interviene en todo: nombra presidentes de estado, elige congresos, impone juntas directivas a las academias, da órdenes arbitrarias contra el tesoro, pone grillos, tortura, arruina, mata... Es ella la que decide lo trascendente y lo mínimo, desde el nombramiento de un alguacil de tribunal hasta la neutralidad en la guerra europea, benévola sin duda alguna para Alemania, no por razones de política ni siquiera por simpatías personales, sino porque tenía depositada en los bancos de aquel país una cuantiosa fortuna de millones de marcos. Si se ahonda un poco en las finalidades perseguidas por esa voluntad durante los últimos veinte años, se verá claramente que ellas no son ni han

sido nunca sino dos: sostener a su dueño a toda costa en el poder, y amontonar millones y millones, en una avaricia insaciable, morbosa, que de no poder ser contenida, ha de absorber dentro de poco, en su totalidad, todas las posibilidades económicas de la República.

¿La patria? Para Gómez la patria se reduce a un concepto de hacienda. Es una hacienda suya, enorme, que él explota a su guisa, por sí mismo o por medio de mayordomos, y sobre la cual él y los miembros de su familia tienen soberanos derechos. Los otros títulos de propiedad, esos que se sancionan en tribunales y registros, son secundarios frente a los suyos. Si alguien posee algo — casa, mina, industria o fundo agrícola — es a título precario, por simple merced suya, mientras a él no se le antoje hacer valer sus títulos supremos. Y nadie se atreva a reclamar un aumento en el precio irrisorio que se le dé en retribución; tal desafuero merecerá el despojo sin compensaciones, amén de la cárcel y los grillos. Ese primario derecho de propiedad se extiende no sólo a los bienes, sino a la libertad y a la vida de todos los venezolanos. Si vivimos y no estamos en la cárcel o en el destierro, es porque el general Gómez se ha dignado dispensarnos esos inmensos beneficios. Víctimas del atropello más violento, debemos siempre pensar, agradecidos, en que si el atropello no es mayor, débese por modo

exclusivo a la magnanimidad del general.

Cierta vez los presos de la Rotunda reclamamos ante el alcaide la pésima calidad del alimento que se nos daba, y aquel miserable respondió:

—Confórmense con estar vivos.

Y a esa conformidad se llega, a la postre, en las ergástulas de la dictadura. ¿Que el cabo nos veja, y los grillos pesan mucho y el hambre es espantosa? Cierto, ay! Pero estamos vivos. Y mientras se tenga vida, hay esperanzas de libertad. Recuerdo que cuando ví a mi padre, ya en el ataúd, descender a su calabozo de tierra, lo que más me dolía, lo que más me exasperaba, era eso: que para él ya no existían esperanzas de libertad.

Ustedes dirán: ¿Y el congreso? ¿Y la prensa? ¿Por qué no se reclaman ante el uno y no se condenan en la otra semejantes desafueros? ¿Y el ejército? ¿Por qué el ejército no se levanta contra Gómez?

¡Ah, señores! Porque la prensa, y el ejército, y el congreso, no son otra cosa que Gómez, prolongaciones de Gómez, emanaciones de Gómez.

**El congreso.**—Mentiría quien dijera en Venezuela que ha votado durante los últimos cuatro lustros por miembro alguno de la representación nacional. El amo elige y selecciona los miembros de sus congresos con el mismo esmero cuidadoso que los padrote para sus dehesas de Maracay. Ni siquiera se simula una farsa de elecciones. Y así, senadores y diputados que no lo son por ningún pueblo ni por ninguna entidad nacional sino por Gómez, nada tienen que ver con los intereses de esos pueblos ni de esas entidades, sino con los intereses de Gómez. Cierta vez le hice notar a un diputado, mi amigo personal, esa bochornosa unanimidad en las aprobaciones del congreso, la estupidez de esas sesiones en que nadie habla como no sea para pedir que tal acto se verifique «a las cuatro de la tarde»; o alguno, más atrevido, para reclamar lo avanzado de la hora, y mi amigo el diputado respondióme, con un argumento irrefutable:

—Porque el general no nos ha mandado al congreso a discutir, sino a defender sus intereses y su causa.

Nada hacen nuestros legisladores ni nada dicen, en efecto, como no les haya sido ordenado por la superior voluntad de Gómez o de sus ministros. En las sesiones en que ha de elegirse mesa directiva, por ejemplo, sobre el escritorio de cada uno de ellos florece un papellito con la plancha gubernamental. Y las votaciones son unánimes por los candidatos del gobierno, tan unánimes a veces que hasta los mismos elegidos votan por sí mismos para darle al general esa demostración suprema de obediencia y disciplina.

Los congresales aprueban en mi país levantando la mano; pues bien, como todos, absolutamente todos, aprueban siempre, sin vacilaciones que pudieran ser peligrosas, en un isocronismo desconcertante; aquello, más que congreso, se diría una academia de gimnasia sueca. Y así pasan, sin examen ni discusión, muchas veces sin siquiera leerlos o escucharlos, proyectos, decretos, leyes, constituciones, votos de gracia, etc. Y una ley que fué aprobada unánimemente en las sesiones

### QUIEN HABLA DE LA

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo. Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELECTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

#### FABRICA

##### CERVEZAS

Estrella, Langer, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla

##### REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naran-

jada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera

##### SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

**SAN JOSE — COSTA RICA**

del año anterior, se deroga al año siguiente con la misma unanimidad, lo cual, si no revela en nuestros legisladores unidad de criterio en el tiempo, sí denota esa uniformidad animal y primitiva que es característica del rebaño y de la recua.

¿Que la constitución del año 13 prohíbe formalmente la reelección, y Gómez, encariñado con el poder, desea reelegirse? ¡Pues haberlo dicho antes! Ya vendrá un congreso de plenipotenciarios asesorado por Arcaya, Zumeta y Gil Fortoul, técnicos en despotismos, como los llama Pocaterra, a salvar las dificultades del asunto, decretando un período provisional de sólo un año para que el general no se vea precisado a esperar mucho, y una segunda presidencia, al lado de la provisional llamada Comandancia en jefe del ejército, más eficiente y lucrativa que la otra, para que el general se consuele de la espera. Tanto es así, que Márquez Bustillos, el designado por el propio Gómez para esa provisional, siendo presidente de la República, se firmaba en documentos oficiales «amigo y subalterno del benemérito jefe de la causa». Y para evitar tropiezos en el futuro, el congreso suprimió la impertinente prohibición, de manera que en los períodos subsiguientes Gómez pudiera reelegirse sin tener que apelar a ningún otro doctor Márquez Bustillos.

El amor de Gómez por Maracay no podrá compararse sino con su odio hacia Caracas. Pues bien, ¿por qué obligar al benemérito a dirigir los destinos del país desde la capital de la República? Ciertamente así se estila en los países civilizados y que altas razones de gobierno lo requieren. ¿Pero qué vale todo eso ante los gustos y los deseos y las necesidades del amo? En una nueva constitución, los padres conscriptos estipulan que Gómez pueda gobernar desde donde le dé la gana en el país, y allá se queda, lejos de los ministros y de los diplomáticos, entre sus vacas de Maracay, encantado de la vida, respirando aire puro y dándoles a los intelectuales de la dictadura un motivo más para forjar leyendas eglógicas de magnate pasto y de Cincinato a la moderna, es decir, dedicado a las labores rurales pero sin retirarse del poder. El año de 1922, cuando la cuarta reelección, Gómez necesita vincular las necesidades presidenciales en el hermano y en el hijo, y el congreso accede gustosísimo a establecer la dinastía, eligiendo la uno y a otro para las dos vicepresidencias de la República; al año siguiente, el segundo vice asesina al primero, en un «noble» deseo de acercarse a la primera magistratura, y el congreso, para evitarle sombras y peligros y la posibilidad de que alguien repita con él lo que él hiciera con su tío, lo deja solo y único en la vicepresidencia, para suprimírsela este año a la primera exigencia de Gómez, temeroso a la postre de que las ambiciones del hijo amenacen su estabilidad en el poder, cuando no su propia vida; esa vida suya de hombre necesario en lo presente y en lo porvenir según lo declarara en sesión solemne durante las ceremonias del centenario de Carabobo, el rebaño de nuestros legisladores.

Nuestra legislación petrolera se ha modificado varias veces, para satisfacer, o intereses extranjeros —hacia los cuales tiene Gómez

una condescendencia servil—o para facilitarles algún inconveniente a los magnates de la dictadura. Cierta vez fué archivada una ley sobre petróleos, ya sancionada y perfecta, porque uno de sus artículos estaba en pugna con las necesidades de cierto contrato, del cual era titular un presta-nombre del doctor Márquez Bustillos. Y no sé cuál sería el último acomodo dado a la ley; pero lo cierto es que todas las reservas nacionales pasaron a manos de una compañía de Gómez —La Venezolana de Petróleo— única hoy en el derecho de vender contratos de exploración y explotación, y a la cual se le calcula un capital de más de ciento cincuenta millones de dólares.

Hará cosa de cuatro o cinco años, compró Gómez por 150,000 bolívares unos terrenos en las soledades del Caura; pues bien: dos o tres años después el congreso, a insinuación suya—y las insinuaciones del amo son órdenes—adquirió tales terrenos para la nación en 17 millones de bolívares. En su respuesta oficial a la proposición de compra, Gómez, entre otras cosas peregrinas, dijo que aquellos terrenos valían mucho más, pero que accedía gustoso a vendérselos al país, pues comprendía la urgencia que tenía éste en adquirirlos. Y *El Universal* y *El Nuevo Diario*, al día siguiente, con el impudor que los caracteriza, se hicieron lenguas de aquel nuevo gesto del general, que se sacrificaba una vez más, con un desprendimiento franciscano, por los supremos intereses de la patria.

Con un comprador semejante, que ofrece tales precios, Gómez no se ha querido buscar otros, y no ha mucho vendió a la nación tierras en los alrededores de Caracas, que le habían costado 50 bolívares el metro, a razón de 1,000 bolívares el mismo; el Hotel Miramar, de Macuto, construido para Gómez por cuenta del país, con un valor de 1.400,000 bolívares, acaba de

ser adquirido por el congreso en cinco millones.

No acabaría nunca de citar las ignominias de lo que para el exterior, y sólo para el exterior, constituye en Venezuela la representación nacional. ¿A quién representan esos hombres? ¿Al país? Protesto. Sólo un hombre votó por ellos: Gómez. Ellos representan a Gómez y nada más que a Gómez y a los suyos. Las bajezas y desatinos que cometan no se reflejan sino sobre ellos mismos y sobre el amo que les dirige y gobierna. Y así los venezolanos no podemos apelar al congreso ni esperar nada de él, porque, desde hace varios lustros, Venezuela carece de representación nacional.

Lo que he dicho del congreso, extendido a las otras instituciones: todas tienen el mismo valor jurídico, y todas se mueven dentro de la misma esfera de dependencia y servilismo.

**El Gómez de la exportación.**—Existen dos especies de Juan Vicente Gómez: uno, el que sufrimos y abominamos la absoluta mayoría de los venezolanos; y otro fabricado para la exportación en los laboratorios de *El Universal* y de *El Nuevo Diario* y en la literatura prostituida y genuflexa de Arcaya, Gil Fortoul, el presbítero Carlos Borges, Zumeta, Pedro César Dominici y otros.

El Juan Vicente Gómez para la exportación, que cuenta con prensa asalariada en América y Europa, donde se le hace propaganda como a cualquier producto farmacéutico—algo así como una panacea para todos los morbos nacionales—es un hombre fuerte, bueno, misericordioso hasta donde es posible en una democracia turbulenta, respetuoso de la ley, sagaz y previsor en la administración, de una poderosa inteligencia natural, de un desprendimiento y una abnegación únicos en la historia vernácula, que construye carreteras y paga

religiosamente las deudas internas y externas. Este Gómez necesario y magnánimo es también el de la mayoría de los diplomáticos, para quienes, en Maracay o en Caracas, todas las gentilezas y todas las generosidades son pocas. Se les acata y agasaja en los círculos oficiales; se les lleva y trae por los lugares visitables de la República; se les sirve y obsequia con un servilismo repugnante; se les obliga por todos los medios, y hasta, si es posible, se les vincula a los intereses del gobierno y de la administración. De ahí que el Gómez de casi todas las cancillerías se parezca mucho, salvo ciertos toques de sombra imprescindibles a darle mayor veracidad al conjunto, al Gómez exportable y decente de Vallenilla Lanz y de Pedro Itriago Chacín. No quiere esto decir que haya mala fe en los informes de los ministros residentes, si bien en algunos esa mala fe ha sido y es notoria; pero como no se codean sino con los elementos mayormente interesados en guardar las apariencias, como los gritos de las víctimas no llegan hasta ellos y las numerosas llagas del país no les hieren los sentidos, cubiertas como están en Caracas de un barniz de progreso y de orden; y como, por otra parte, se sienten obligados hacia un régimen que los trata de manera tan generosa y accesible a las necesidades propias y de los intereses que representan, por gratitud y alguna vez por cierto matiz de convicción, proclaman excelencias que no existen y se hacen eco de adelantos que, caso de ser ciertos, no bastarían en manera alguna a justificar el fárrago de abominaciones, de atropellos, de robos, de crueldades y de vicios que fundamentan el precario vivir nacional, y que hacen de la Venezuela de hoy, un país al margen de los más elementales principios de libertad y de justicia.

Nada quiero decir aquí de Villaspesa, de Chocano, de Nemesio García Naranjo y de tantos otros, cuyos panegíricos a Gómez y a los demás dictadores de América se vendieron y todavía se venden a tanto la cuartilla. Ya esos están donde deben estar en el concepto de América y del mundo.

El daño que le han hecho al país esa literatura torpe y prostituida, y la lenidad de los informes de los representantes extranjeros, es incuestionable. Cualquiera podría creer en la admiración del mundo hacia Gómez al ver cómo en el pecho del déspota lucen, en su clase más alta, las honrosas condecoraciones, desde la orden Piana que le otorgó el Papa por conducto de Pietropaoli hasta la Legión de Honor que le acaba de conceder la República Francesa.

Consolémonos, sin embargo, en pensar que Gómez condecorado y magnífico, superior y magnánimo, forjado para la exportación, la América sensata opone hoy, acaso con mayor unanimidad que jamás, un otro Gómez de verdad, prototipo de tiranos, sujeto digno de ser analizado por antropólogos y alienistas, y de arrostrar lo poco que le resta de vida en una penitenciaría. Eso sí: con el pecho constelado de las más valiosas condecoraciones nacionales y extranjeras.

**Tópicos varios.**—La ignorancia, el paludismo y el terror han sido elevados por Gómez a la categoría de instituciones nacionales.



**El traje hace al caballero  
y lo caracteriza**

y

**La Sastrería**

**La Colombiana**

**De Francisco A. Gómez Z.**

**le hace el vestido**

en pagos semanales, mensuales  
o al contado

Hay un inmenso surtido de  
casimires ingleses. Opera-  
rios competentes para la  
confección de trajes.

**Haga una visita y se convencerá**

**Frente al Pasaje Jiménez**  
contiguo a la Botica Oriental

**San José. C. R.—Teléfono 1283**

De la debilidad física y espiritual del pueblo venezolano deriva una de sus fuerzas más poderosas la dictadura. Sin escuelas que lo enseñen, sin prensa que lo eduque, sin armas para defenderse, sin hombres que puedan libremente dirigirlo, el pueblo sólo sabe que el gobierno es fuerte y que puede aplastarlo. Y le tiene miedo a Gómez y a sus parientes y a sus presidentes de estado y a sus jefes civiles. Porque Gómez no es una sola persona, y de ahí que el tiranicidio resultaría inútil cuando no perjudicial en Venezuela. Gómez es un sistema, una casta, un monstruo con innumerables cabezas, y hay que ir contra ese sistema y cortar todas las cabezas a ese monstruo. O la revolución o el cuartelazo: no quedan más caminos.

Dije que el pueblo estaba sin armas. Rectifico: le han dejado un alfiler para defenderse: el chiste. Y lo esgrime a diestra y siniestra; lo atisba por entre los resquicios de la dictadura con habilidad sorprendente; lo deduce de las situaciones grotescas, múltiples, en un sistema que tiene por cabeza a un analfabeta y un patán, y envuelto en discretas penumbras de anónimo, se lo devuelve a los déspotas con una facundia inagotable. He aquí algunos de los más recientes:

Cuando aterriza Lindbergh en Maracay, dos o tres de las innumerables hijas ilegítimas del tirano se le acercan a ofrendarle un ramo de flores. Lindbergh pregunta:

—¿Son naturales?

Y una de ellas responde:

—Sí, señor; pero reconozcas...

Al anunciarsele la venida de Costes y Lebriz, Gómez imagina que ambos no constituyen sino una sola persona. Y al descender del aparato uno de ellos, lo saluda:

—¿Cómo está el señor Costes y Lebriz?

Advierte en esto al otro aviador que se le acerca, y sorprendido le pregunta:

—¿Y cómo te llamas tú?

Al día siguiente del asesinato de Juancho Gómez, gobernador de Caracas, hermano del jefe y avaro en extremo como todos los de la familia, se propaló en Caracas la especie de que lo que más había sentido la víctima era haberse muerto en 29, ya que al día siguiente le tocaba cobrar.

A raíz de tal suceso, alguien le dice a Gómez que aquello parece un crimen de los Borgia, y Gómez responde enfurecido:

—¿Y qué hacen, que no ponen presos a esos vagabundos?

En cierta ocasión Gómez le habla al ministro respectivo de la necesidad de prolongar determi-

nada red telegráfica, y éste le observa que el alambre está muy caro y que sería bueno aguardar un poco.

—Pues yo acabo de comprar alambre de púas para cercar un potrero y no me pareció tan caro.

Y luego, iluminado por una idea genial, agregó:

—¿Y si utilizamos alambre de púas?

Todos los circunstantes admiten abyectamente la proposición.

—«Es cierto...» «No estaría mal...» «Magnífica idea...» etc.

Gómez recapacita un poco y exclama:

—No, no sirve...

—¿Por qué no ha de servir general?

—Porque llegarían agujereados los telegramas...

Pero esta inocente válvula de escape, este alfiler insignificante, ¿qué puede contra los cañones y las bayonetas de la dictadura? So capa de disminuir la criminalidad, en el fondo por miedo, Gómez ha desarmado totalmente, uno por uno, a todos los venezolanos. Los registros a los transeúntes son diarios, las requisas en los lugares sospechosos, frecuentes. Cargar un puñal o un revólver constituye un atentado, a menos que se trate de los amigos del gobierno. Esos sí: los llevan a la cintura para que todo el mundo sepa a qué atenerse. Atropellan, insultan, vejan, seguros más que de la propia fuerza, de la debilidad sin armas de sus víctimas. Y como si no bastaran esas violencias, ya intervendrá un agente para llevarse preso al que cometiera el desatino de exponerse a que el «coronel» lo atropellara.

Al día siguiente el «coronel», uno de tantos coroneles de Gómez, expondrá el caso ante las autoridades de policía, forjando una leyenda sobre «la necesidad en que se vió de atacar a aquel muérgano que estaba echando sapos y culebras contra su jefe y amigo el general», leyenda que habrá de valerles, a él, nuevos títulos en el régimen, y al otro, cuatro o cinco años de Rotunda.

El terror ante semejantes desafueros, así como ante los sistemas de represión empleados por Gómez y los suyos, se extiende—onda roja—de un extremo a otro del país. Se hace sentir en todas partes, a todas partes llega, amenazador y brutal. Y ya es Eustaquio Gómez en el Táchira, quemando poblaciones enteras por revolucionarias como lo hiciera con Pregoneros y Queni-

quea, ahorcando gente y exhibiéndola. péndulos trágicos, en los alrededores de San Cristóbal o VICENCIO PÉREZ SOTO, que ha sido presidente de casi todos los estados de la Unión y en todos ha dejado, como recuerdo, un cementerio.

Cierta vez, Pérez Soto y un grupo de amigos salen a pasear por las cercanías de San Fernando de Apure. Un automóvil desemboca de una encrucijada, asusta el caballo del general y pone a éste a filo de caer. Más de diez revólveres salen a relucir. Pérez Soto se opone.

—No, señores; déjenlo quieto. Fulano, búscate el otro potrero moro, ese que estamos amansando.

Traen el potrero y obligan al chofer, todo pálido y tembloroso, a que lo monte. Pérez Soto mismo toma la volante del automóvil y acerca la máquina al bravío animal. Éste da cuatro o cinco botes y arroja lejos, contra unas piedras, al jinete. La hazaña se repite varias veces, seguida de nuevos tumbos, hasta que al pobre diablo no le queda en el cuerpo hueso sano, los dos brazos y las dos piernas rotas.

Y entonces el teniente de Gómez, riendo con una risa que sería de catálogo como estigma lombrosiano, exclama: «Para que aprenda lo peligroso que son los automóviles para los caballos...» Y lo triste es que más tarde, uno cualquiera de los testigos de la escena, nos la viene a referir, regocijado, como una excentricidad.

El general Zoilo Vidal, recién salido del Castillo de Puerto Cabello, después de doce años de grillos y de horrores, enloquece. Alguien se lo cuenta a Gómez y éste, muy satisfecho, comenta:

—El que se me atraviesa a mí, o se muere o se vuelve loco.

Las cuatro carreteras construidas para servir de base a una propaganda idiota sobre las excelencias del régimen, blanquean en sus recodos con los huesos de los infelices forzados que fueron compelidas a construir las. Y no forzados de derecho común, sino individuos pertenecientes a todas las clases sociales de Venezuela, inocentes de todo crimen, pero sospechados como enemigos de Gómez o de algunos de los suyos.

—¡Ah general patán enriquecido y ennoblecido por el tirano; se deshace de sus enemigos obligándolos a que le forjen los pedestales de su gloria.

Gonzalo Carnevali

(Concluirá en el cuaderno siguiente)

El esmero que tanto los intelectuales de la dictadura como sus diplomáticos ponen en ocultar para el exterior ese sistema de abominaciones y de crímenes, se convierte en Venezuela en una propaganda subterránea y continua por parte del gobierno, deseoso de arrancarle a sus violencias el máximo de eficacia posible. Y los ministros, los presidentes de estado, los jefes civiles, los agentes del orden público, lo proclaman, con un dejo que fluctúa entre la advertencia y la amenaza:

—Mire que con el general no se juega...

Qué ha de jugarse con el general, si una frase indiscreta, cualquier comentario adverso recogido por el copioso espionaje dictatorial, cuestan o pueden costar, no sólo la vida, sino la ruina, las persecuciones sobre la familia, largos años de hambre, de sed y de torturas sin cuenta en una ergástula, amén de esa frasecita con que los servidores del déspota condecoran al detenido político:

—El general lo está rehabilitando.

Ya es hora de decirlo: la constitución y las leyes no se aplican entre nosotros sino cuando una y otra no hieren los intereses y las necesidades del régimen o de cualquiera de sus hombres. Ninguna de las garantías ciudadanas se respeta. Las libertades de reunión, de pensamiento, de asociación, la inviolabilidad de la correspondencia, la seguridad personal, todo esto que constituye la base fundamental de las relaciones de los individuos con el estado, es letra muerta en Venezuela. Para Gómez y los suyos no existen jueces, ni en lo criminal ni en lo civil. Los tribunales de justicia no admiten demanda alguna contra ellos. De un lado, del lado de los fuertes, todos los derechos; del otro, todas las sumisiones y todos los deberes. Pedro Manuel Arcaya, ministro de relaciones exteriores, se lo expresó así a mi compañero Leoni, cuando éste fuera a pedirle la libertad de algunos universitarios presos, a raíz de los sucesos de febrero:

—El Gobierno puede hacerlo todo en Venezuela.

Y agregó, como para atemperar un poco semejante postulado de barbarie:

—Venezuela es un país alejado de las corrientes de la civilización.

Estas frases en boca de un ministro de Gómez, dicen más, muchísimo más, respecto a la verdadera situación del país, que todo cuanto pudiera acumular yo aquí para ponerla en evidencia.

...Oigamos lo que en conversación amistosa desde los balcones del barco donde se le mantuvo prisionero pudo decir el portavoz de los sagrados intereses de la América Hispana:

«Salí de México hacia las repúblicas centro-americanas en una propaganda anti-imperialista, la cual ha sido fecunda en resultados favorables para la causa. La prueba de ello está en que de todas estas repúblicas he sido echado violentamente, porque así lo han solicitado a los diversos gobiernos, los ministros norteamericanos, a excepción de Costa Rica, en donde hay que admirar mucho

## Algunas palabras con Haya de la Torre

civismo. *Repertorio Americano*, con ese apóstol, García Monge, en la dirección; es una antorcha de luz purísima que ha inundado de luz no sólo a Costa Rica sino al continente entero. Esa claridad ha desnudado al Panamericanismo, fantasmagoría del Imperialismo de los Estados Unidos de Norte América.

»Con el objeto de seguir viaje a México—continuó hablándonos Víctor Raúl—arreglé viaje a Panamá, en donde pensé demorarme unos cuatro o cinco días, los indispensables para volver a la gran nación azteca. Mis pasaportes fueron

correctamente visados por el Ministro de Panamá en Costa Rica, don Tomás Arias, quien me aseguró que no había inconveniente alguno para mi estada en el Istmo. El hijo del Ministro Arias, adjunto a la Legación, antes de partir para ésta, me obsequió con una comida que yo sé agradecer y en donde nuevamente se me puso de manifiesto que no había obstáculo alguno para que yo entrara a esta tierra, que vislumbro grande para el porvenir glorioso de nuestra América. A la estación del ferrocarril de San José fué a despedirme el Lic. Ricaurte Rivera, Secretario de la Legación panameña allá, quien una vez más

me dió seguridad de que no sería molestado a mi arribo a Panamá.

»Para mí, pues—siguió diciéndonos Haya de la Torre—fué sumamente extraña la actitud del Gobierno panameño al no permitir mi entrada a este país. A la verdad, estas persecuciones, estas peripecias están dentro de mis cálculos; el Imperialismo se vale de todos los medios para ahogar el grito de la nueva generación indo-americana. Por eso las soporto con orgullo y sin miedo alguno.

»Cuando el *Phoenix* llegó a Balboa, el doctor de Inmigración y varios detectives de la Zona, se me acercaron y me dijeron: «Sir Haya de la Torre, usted no puede salir del barco por orden del Gobernador de la Zona del Canal.» Sostuve entonces con ellos un diálogo fuerte para ponerles de manifiesto su injusticia y su arbitrariedad. Yo no soy un criminal ni un contrabandista. Mis ideas políticas, que es lo que realmente ustedes persiguen, no han sido obstáculo para que yo haya ocupado la Tribuna más augusta de los Estados Unidos de Norteamérica. Esta nueva actitud del gobierno de ustedes contra mí es un nuevo cargo contra ustedes y una experiencia más para mí. Todo fué inútil. Hoy en la mañana el barco comenzó su travesía por el Canal. Al llegar a Cristóbal, volvieron los detectives a notificarme lo mismo. Y desde que he llegado a este muelle, un policía cuida de mí. ¡Qué bien me cuidan mis amigos del Norte!»

El agente de la Hamburguesa llega en este momento.

Se acerca a Víctor Raúl y le manifiesta que *nada se puede hacer*. «A pesar de que sus documentos están co-

rectos, Ud. no puede desembarcar.» El *Phoenix* partirá a las siete de la noche para Bremen, directo, adonde llegará dentro de 16 días.

Haya de la Torre sonríe, nos da un fuerte abrazo y nos dice: ¡Hasta Alemania, hermano! Y dirigiéndose al agente de la Compañía agrega: Bien, pagaré el pasaje, y al mismo tiempo le entrega su valor.

El luchador peruano ha seguido conversando con nosotros y nos habla ahora de Sandino, del héroe continental. En el minuto actual, Sandino es un símbolo y una Profecía. Sandino merece el apoyo de todos los pueblos indo-americanos y hay que prestárselos hoy mismo, sin demora: es un Libertador.

Víctor Raúl, después, nos dice que queda agradecido de todas las gestiones que se han hecho para que desembarcara en el Istmo. Conozco bastante la maquinaria gubernamental de éstos países y sé cómo se mueven y cómo viven. No voy a pisar tierra panameña, pero mi mensaje de saludo para todos los trabajadores manuales e intelectuales de esta tierra, es una palabra de incitación a la lucha. Hay que destrozar la cabeza del Monstruo.

«Volveré a Europa, de donde regresaré a América en la primera oportunidad. Es urgente e imperativa la lucha contra el Imperialismo, para la unidad de los pueblos indo-americanos.»

Y cuando el *Phoenix* desamarraba sus sogas del muelle, Haya de la Torre, erguido, su mano derecha levantada hacia el cielo, grita a todos: Viva Sandino! el espacio ha recogido la exclamación!

(Acción Comunal, Panamá.)

silenciosa y ordenada y también los rasgos de heroísmo que no necesitan de penacho fanfarrón, sino que se ofrecieron con ingenua y exquisita sencillez. En esas listas memorables vemos figurar el nombre de la augusta compañera del Rey de Bélgica, cuyos estados quedaron reducidos a un campamento; el de la enfermera Miss Cavell, injusta y cruelmente sacrificada, y hasta el de una pobre muchacha fusilada según las leyes o las costumbres de la guerra, que a la hora de morir y cuando fueron inútiles para obtener perdón su juventud, su belleza radiante y la elocuencia de su defensor, confundió a los hombres con el ejemplo maravilloso de una varonil serenidad.

Ya es bien conocido el papel preponderante de la mujer en la democracia norteamericana. Copio de Paul Bourget, el fino analista de las almas femeninas, algunos párrafos que en forma intensa lo describen: «Ella es como la flor de aquella civilización, como su lujo y su orgullo. Un gran artista, John Sargent, ha obtenido en un retrato de una dama cuyo nombre ignoro lo que trato de expresar; es un cuadro que parece de uno de los maestros del siglo xv, un estudio en el cual a través del individuo se pinta al país y gracias al modelo toda una época. Es la imagen de una energía invencible y a la vez delicada, que en reposo en ese instante, semeja una madona bizantina, con su semblante de grandes ojos muy abiertos. Esta tela podría llamarse el «Idolo norteamericano,» porque es un ídolo, a cuyo servicio trabaja el hombre para cubrirlo de joyas de reina y para complacer hasta sus menores fantasías pues para ello vive días interminables de labor encarnizada en Wall Street, en ese formidable trabajo de ese país de esfuerzo gigantesco, porque sólo así puede concebirse esa mujer, esta orquídea viviente, obra maestra milagrosa de su civilización.»

Nadie ignora que en los Estados Unidos la mujer goza del derecho de sufragio y que en la última elección presidencial del 6 de noviembre, su candidato favorecido con más de quince millones de votos femeninos fué Mr. Hoover. Hasta en los Estados del Sur, inquebrantables en su adhesión al Partido Demócrata, las mujeres dieron el triunfo al partido rival. ¿Cuál fué el móvil de esta actitud y la explicación de un voto que pareció dado por consigna? El mantenimiento de la ley de abstención de las bebidas alcohólicas, el anhelo de las madres norteamericanas de que sus tiernos hijos sean para siempre liberados de la esclavitud de la taberna, el designio de las esposas norteamericanas, de que el nivel de prosperidad increíble a que se ha llegado en los tiempos actuales se mantenga para las nuevas generaciones, ya que ha comprobado que el ahorro de las sumas que antes se gastaban en el tributo al innoble licor, se conserva hoy en el tesoro doméstico y desborda de las arcas dignas de Creso del Estado norteamericano.

Así, pues, es preciso reconocer que en el gran país del Norte el sufragio

## Un centro de cultura femenina

Discurso del Licenciado Alejandro Alvarado Quirós en la velada del 1.º de diciembre de 1928

Señoras y caballeros:

No sólo por acatar el deseo de gentilísimas damas del Comité Directivo de la Asociación que inicia hoy con una fiesta sus primeras actividades, sino también porque considero un gran honor comparecer en esta tribuna, vengo a pronunciar en ella unas cuantas palabras cordiales y ante todo a tributar mi aplauso ferviente al esfuerzo altruista y noble que representa la fundación en nuestro país de un centro de cultura, de acercamiento, de armonía entre las diversas clases sociales y especialmente dedicado a realzar la condición de la mujer.

Debemos al Cristianismo, a las doctrinas inmortales del Divino Maestro que lentamente se infiltraron en el mundo antiguo, el abandono de la idea romana de que la mujer era una esclava del marido adoptándose gradualmente la honrosa consideración que se tenía por ella en el hogar según las costumbres patriarcales del pueblo de la Biblia, transformadas durante los tiempos caballerescos medioevales en un verdadero culto a la mujer como musa misteriosa, dechado de belleza y de virtud y en la

época moderna que ha colocado a María, y con ella a todas las madres en el más alto pedestal que puede ofrecer la humanidad, ya que el dolor, el sacrificio, la sublime abnegación con que ellas contribuyen al mantenimiento de la vida no tiene parangón en la escala de valores que imponen nuestra admiración y nuestro afecto.

La guerra mundial, que es como un paréntesis sombrío en el cuadro de la civilización contemporánea, tuvo sin embargo una benéfica consecuencia para la mujer, al destruir la leyenda de su inferioridad intelectual. Abandonados por las necesidades de la defensa en las líneas de fuego, infinidad de servicios del campo y de la ciudad, la débil compañera del hombre se ofreció valerosa para ejecutarlos y pudo entonces comprobarse que no era sólo el papel del magisterio o el apostolado de la hermana de caridad o las lágrimas consoladoras del infortunio lo que podía esperarse del sexo femenino, tal era la misión a que se le relegaba antaño; pero en estos años de prueba, mientras más rudo fué el huracán de la violencia y de la destrucción, más alto brillaron en la mujer las capacidades, la actividad, la virtud

femenino es, por lo menos, un factor altamente moralizador y que la voluntad de la mujer tiende—conservadora por esencia y por misión—a ennoblecer a los hombres, fortificándoles en sus tendencias a veces vacilantes de austeridad y de virtud.

Hispano América no se ha decidido aún, salvo honrosas excepciones, a consagrar para la mujer el derecho que sí tiene concedido al indio analfabeta, y no ha roto por entero las cadenas que desde los tiempos del coloniaje, ataban a la mujer, considerándola en relación con su compañero del hogar, como en perpetua minoridad, digna de tutelaje. De aquí la necesidad de núcleos feministas que con su incesante propaganda logren borrar de la legislación esta ilógica desigualdad, por lo menos dentro del derecho civil. El siglo XIX contempló el desaparecimiento de la institución de la esclavitud. El nuestro dará un paso más en nuestra América Española hasta obtener las normas justas, niveladoras, de plena autonomía, para la mujer y protección para las madres y para la infancia desválida. Concretando nuestra observación en este campo sociológico al esfuerzo realizado por Costa Rica, declarábamos nosotros desde hace un cuarto de siglo que la costumbre da a la mujer de nuestro país una parte en los trabajos agrícolas y parte preponderante en el hogar. Colaboradora paciente, humilde y afectuosa del hombre, se ocupa la mujer en las menudas labores de la casa, del pequeño huerto contiguo y en ocasiones ayuda valientemente en faenas más rudas o sabe soportar la carga más pesada de un caudal que debe administrar en la viudez en interés propio y de sus hijos. Así pues es justo y la legislación lo ha consagrado, que ella disfrute de los beneficios y del enoblecimiento que trae consigo el derecho de propiedad.

Nuestras abuelitas positivamente inspiraron a los hombres cuando adoptaron el árbol heráldico y la divisa *libre crezca, fecundo*. Ese árbol que tantos frutos ha dado sería sin duda el del café y más de una finca venerable vió pasar por sus senderos floridos a la matrona prolífica y sensata, cumplidora de sus deberes con Dios y con los hombres.

Más tarde estalló la guerra en que se puso a prueba la autonomía de la patria y las mujeres del 56 estimularon a sus maridos y a sus hijos en medio de penurias y deficiencias increíbles, a marchar a Nicaragua con la mirada y la bandera puesta en alto y ellas en ese trance demostraron igual denuedo y semejante abnegación a la que la historia en sus páginas de honor relata de las mujeres españolas, cuando en los albores del siglo disputaron el territorio patrio y lo redimieron victoriosamente de la invasión extranjera.

En nuestra época, no podríamos olvidar que la escuela, alma mater de la cultura costarricense, puede decirse que está en las manos de seda de la mujer y que ellos modelan el cerebro y el corazón del niño a su imagen y semejanza, inculcándoles el amor a la enseñanza y el culto a la soberanía que son

nuestros peculiares atributos y como los blasones de nuestro escudo nacional.

Pero no debemos ufanarnos con lo que se ha conquistado en el pasado en el duelo perenne contra la ignorancia y los prejuicios. Mucho queda por realizar y en esta meritoria labor del presente un centro del carácter de esta asociación femenina, está llamado a ser algo como el motor en el complicado mecanismo de las industrias. Debemos congratularnos de que la distinguida mensajera de Cuba, señora de Rosado, haya visto acogida por tan selecto grupo su admirable iniciativa.

En primer término por su sentido democrático, pues se desea la colaboración de todas las categorías sociales, fundidas en un loable pensamiento de cooperación, ya que por ventura entre nosotros no hay divisiones arcaicas por origen de familias, ni el dinero ha logrado crear todavía sus odiosas desigualdades. La asociación, si he comprendido bien su objetivo, anhela preparar a la mujer costarricense para que el día en que se

modernicen más aun las leyes que la rigen se la encuentre lista para el cumplimiento integral de su misión. No me refiero al concepto político que divide en dos bandos la opinión cuando aludo a los superiores destinos de nuestra compañera. Pienso en la madre educadora que puede rivalizar con la maestra profesional, evoco la artista de inspiración radiante que nos transporta a las regiones superiores de la música o la poesía, y reconozco reverente que no sólo el niño encuentra en el regazo femenino el aliento que necesita para emprender el camino de la vida, ya que nada puede compensar para el varón fuerte y esforzado al regreso, en la tarde, de las batallas cotidianas que se libran en medio de la paz, por el choque de las ideas y por el más áspero que engendran los intereses, la palabra comprensiva de la mujer elegida, el aplauso de su mirada, el halago de su sonrisa, que hace levantar erguida y confortada la frente pensadora.

He dicho

## Margarita Ogilvy

Por su hijo

JAMES M. BARRIE

Trad. de Ernesto Montenegro

### CAPÍTULO VII

R. L. S.

Véanse, en el tomo anterior, los cuadernos 17 a 20 y los Nos. 22 y 23.

Estas iniciales son, a mi ver, las más queridas de la literatura contemporánea, y estoy cierto de que son las que yo más amo, pero hubo un tiempo en que mi madre no podía verlas. Decía ella «el tal Stevenson» con tono de escarnio, igual al que le costaba un rasgo de altanería en su persona. Al ocurrírsele su nombre, la cara de mi madre se ponía casi dura, lo que parece increíble, y con labios apretados y cruzándose de brazos replicaba con un seco ¡oh! al mencionar uno ese irritante nombre. En las novelas tenemos por costumbre decir de la heroína «asumió el porte de una reina», y cuando las mías asumen porte de reina ofendida, yo veo a mi madre cuando pensaba en Roberto Luis Stevenson. Él estaba al tanto de la opinión en que ella le tenía, y solía escribirme: «Ayer sentí picazón en las orejas; no tengo duda de que ella me ha estado poniendo apodosos otra vez». Pero mientras más lo maltrataba, más gustaba él de ella, y cuando se lo dijimos, mi madre exclamó al punto: «El canalla!» Si queréis saber cuál era su imperdonable crimen, aquí lo tenéis: que escribía mejores libros que yo.

Recuerdo el día en que ella se dió cuenta de esto, bien que no fuese el mismo día en que quiso admitir el hecho. Aquel día, a una hora en que debía haber estado en mi trabajo, me encontré en la cocina con *El Castellano de Ballantrae* a mi lado aunque no estaba leyéndolo. Mi cabeza reposaba pesadamente contra la mesa, y no dudo que a sus ojos yo era la imagen de la desesperación.

—No, no estoy escribiendo, exclamé

por respuesta. No veía para qué habíamos de escribir jamás en adelante. Y supongo que dejé caer otra vez la cabeza. Ella me entendió mal, y se figuró que había ocurrido lo que tenía que ocurrir; me había dado cuenta al fin, cosa que siempre ella había temido, de que estaba agotado: no valía ya más que una botella de tinta vacía. Ella se retorcía los brazos, pero cambiáse esto en indignación cuando le expliqué que mientras R. L. S. esgrimiera la pluma, los demás no eran más que aprendices que se cortan los dedos con las herramientas del maestro.

—Yo no podría soportar sus libros—dice mi madre con encono.

—¡Si no has leído uno solo de ellos!—le recordé:

—Y no lo haré jamás—dijo ella con decisión.

Y estoy cierto de que lo calificó de hombre nefasto ese mismo día. Durante semanas, si no meses, estuvo firme en su determinación de no leerlo, por más que yo, habiendo vuelto a la cordura y visto que había también un sitio para el aprendiz en la literatura, me estaba dando la maliciosa satisfacción de ponerle *The Master of Ballantrae* por delante. Ella fruncía el ceño, y tomando el libro como con pinzas, iba a dejarlo en su sitio en el estante. Lo envolvía yo en la cubierta que ella había hecho para su nuevo Carlyle, pero ella lo dejaba otra vez en cueros con menosprecio y lo bajaba de nuevo. Unas veces yo escondía sus espejuelos entre las páginas, otras lo dejaba sobre el montón de ropa

(Pasa a la página 41).

## LOS CAMINOS DEL MUNDO

## La aparición de Pijoán

=De *El Sol*, Madrid=

—¡Qué pequeño es el mundo!  
—exclamo al ver de nuevo a Pijoán, al cabo de los años, recién llegado de la cátedra universitaria y la huerta de naranjos de California.

—Es pequeño..., pero es redondo— me contesta con el énfasis de un descubrimiento digno de Galileo.

—Eso quiere decir—replicole yo—que, aunque pequeño, el mundo es infinito porque podemos darle la vuelta muchas veces...

En efecto, al abrazar al antiguo amigo, camarada de andanzas juveniles, tengo la sensación de que ahora, llegados ambos a la madurez, iniciamos por lo menos la segunda vuelta. Una segunda vuelta al mundo y a la vida.

¿Melancolía?... Hasta cierto punto es inevitable. Este momento en que el compañero de mocedad, trashumante infatigable, pasa rápidamente por Madrid, tiene, como todas las horas intensas de la existencia, su ceniza de melancolía y su llama de entusiasmo. Después de todo, puesto que la Tierra es redonda, podremos darle algunas vueltas más.

Era ayer... es decir, era hace ya no sé cuántos años, cuando cuatro muchachos casi adolescentes se reunían todos los días, al caer la tarde, en un caserón gótico de la vieja Barcelona, situado justamente en aquel paraje de la ciudad sobre el cual se cruzan el tañido de las campanas de la catedral y el son de los bronces de Santa María del Mar.

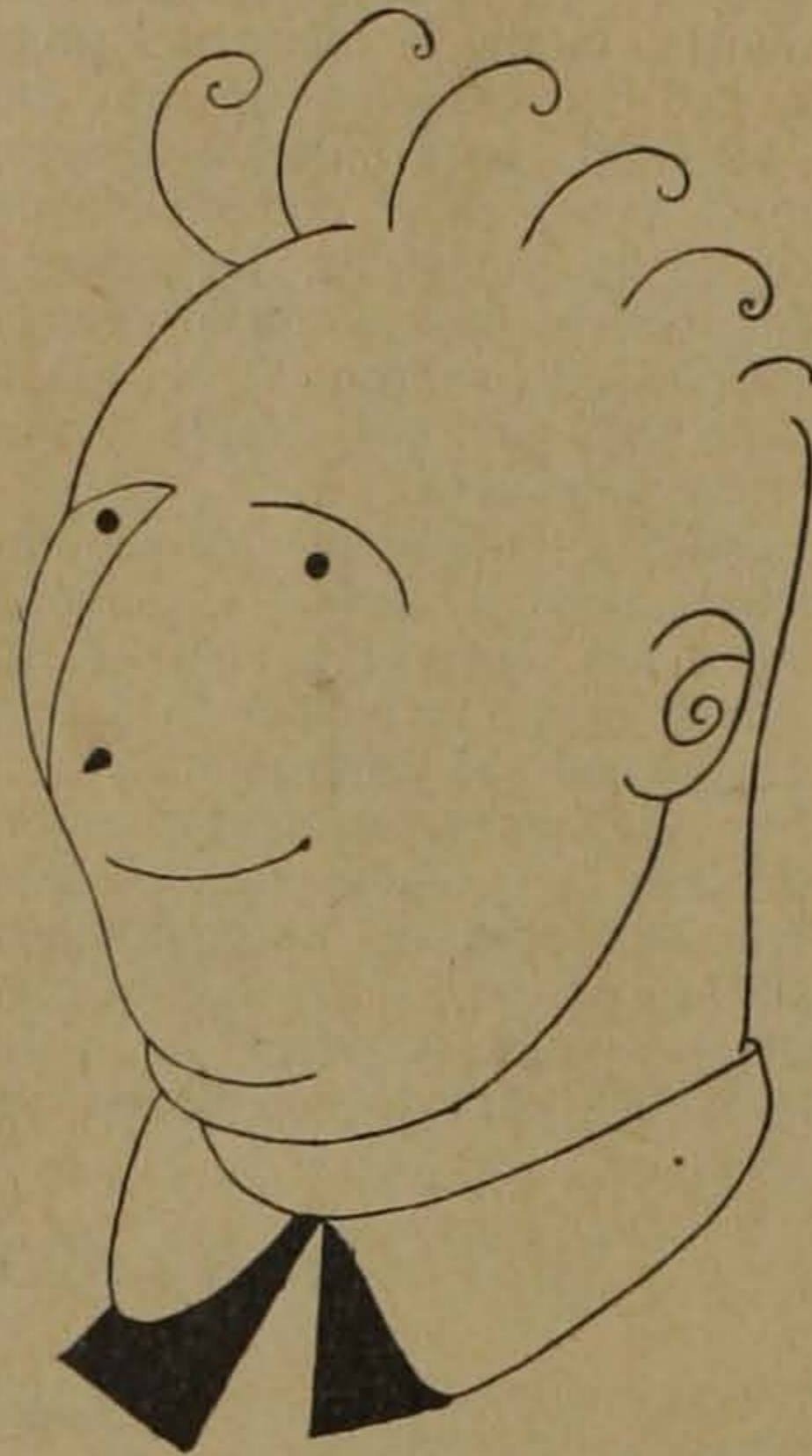
La ocupación principal de los cuatro jovencillos consistía en leer versos y hacer versos. Aquel desván lleno de trastos viejos, con su maravillosa ventanita ojival, debe ser el albergue humano que ha oído recitar más estrofas.

El primero de los cuatro amigos se llamaba Eduardo Maquina. Entonces escribía cotidianamente poemas orientales. «Alah es un mar hondo—su faz no examines»... El segundo era este José Pijoán, quien interpelaba en los metros castellanos de sus compañeros algunos versos catalanes. El tercero era Pedro Moles. Ya en él apuntaba el pedagogo artista y se presentía la fundación de aquel inolvidable colegio de Mont d'Or. El nombre del último de los cuatro va al pie de este artículo.

«Veinte años después». Los cuatro camaradas, con esta aparición de Pijoán, vuelven a encontrarse en Madrid bajo los dorados álamos de la colina del Hipódromo. Como ayer... Marquina sigue haciendo sus versos. Es hoy el gran poeta español. Precisamente ahora acabamos de aplaudirle una vez más en el estreno de *La dueña del mundo*. Obra en prosa, no puede, sin embargo, dejar de tener una escena en verso, la escena puramente poética, que a algunos espectadores les extrañó, y a mí me parece la mejor de todas.

Veo a Pedro Moles en sus clases, en sus residencias de niños. Es el Mont d'Or que renace. En cuanto a José Pijoán...

José Pijoán es un hombre admirable. Terminada su brillante carrera de arquitecto, se va a las soledades rurales del Llano de la Calma y escribe los puros y claros versos del *Cançoner*,



Pijoán, visto por Bagaria

sólo comparables, en su género, a los mejores de Maragall. Pero el poeta contemplativo es un hombre de acción. Desciende a la ciudad, y allí pueden aún dar testimonio de su obra el Museo de Bellas Artes de Barcelona, la Biblioteca, el Instituto de Estudios Catalanes...

Mientras ya la obra crecía y se desarrollaba, Pijoán viene a Madrid, intima con don Francisco Giner de los Ríos, viaja por Europa y reaparece al frente de la Escuela de España en Roma.

Dos o tres años después en la costa francesa, la silueta viajera de José Pijoán cruza la pasarela del trasatlántico embarcando para el Canadá. Toda una década vive allí junto a los lagos boreales donde, entre las ráfagas del viento, se percibe el exótico rumor de los castores. Construye casas, levanta edificios, dibuja iglesias. Escribe, enseña en la Universidad... Pero un día, entre los innumerables días en que sólo divisaba a su alrededor techos nevados y oscuras espirales de humo sobre el cielo gris, el hombre mediterráneo siente la nostalgia del Sur y del Sol y emigra a las costas de California...

Cuatro libros, tras de su primer tomito de versos, ha ido dejando Pijoán en los

descansos de sus jornadas. Dos libros muy grandes y dos muy chicos. Son los primeros su magnífica *Historia del Arte*, conocida de todos, y su *Historia del Mundo*,

ahora en curso de publicación. ¿Puede un hombre solo abarcar toda la historia de la Tierra desde la formación del planeta hasta la gran guerra y la Sociedad de Naciones? Puede y debe. Una historia así, la escriben fragmentariamente cincuenta especialistas, pero la escribe también un solo autor como Pijoán, de cultura universal y de originalidad individual, que ofrece a los lectores una visión de conjunto sobre el panorama de las civilizaciones y la evolución de la Humanidad.

La pareja simétrica de libros pequeños está formada por *Mi Don Francisco Giner* y *El meu Don Joan Maragall*. Desde el otro continente, a la distancia de un océano y de media vida, evoca Pijoán las excelsas figuras del maestro y del poeta en su intimidad deliciosa unidas, para el autor, a los recuerdos del tiempo mozo y de la patria lejana. En el fondo, resurgen aquel Madrid y aquella Barcelona de hace veinte años y revive la noble inquietud de los problemas españoles tal como en sus tiempos juveniles agitaba el alma de la generación ya hoy madura...

Pijoán regresa a los Estados Unidos. A estas horas estará, quizá, pisando de nuevo la pasarela del navío, entre la neblina del muelle. Muy pronto, en aquellas tierras de lengua inglesa, de vida americana y de nombres españoles: «San Francisco», «Los Angeles», «Sierra Nevada», continuará su labor de ambiente universal y seguirá pensando en nuestra patria y deseando poder trabajar para nuestra patria.

Esta nueva despedida de Pijoán me hace pensar en el crecido número de jóvenes españoles, profesores, investigadores científicos, artistas, que en los últimos años han ido estableciéndose en el extranjero y especialmente en América. Alguna vez habrá que hablar de esta dolorosa emigración intelectual. Vamos formando ya, por fortuna, hombres de estudio y de ciencia. Pero, una vez formados, no les ofrecemos, por desgracia, medios suficientes de vida desahogada y de labor eficaz. Habrá que pensar alguna vez en retener aquí, patrióticamente, a los trabajadores del espíritu.

Amigo Pijoán, el mundo es redondo y ya le estás dando una nueva vuelta. Cualquiera día, como ocurrió hace unos años—¿no es cierto?—, junto a las Cataratas del Niágara, se hallarán algunos viajeros españoles admirando las ingentes bellezas del suelo americano. Y, de pronto, verán avanzar a un hombre alto, de cabellos grises y rostro juvenil, con los brazos abiertos y el largo gabán flotante. Aun antes del primer abrazo, aquel hombre, nostálgico de esta tierra nuestra, gritará, gesticulará sacando de los bolsillos del abrigo, allá en el otro continente, números de *El Sol* y de *La Veu de Catalunya*...

## J. Pijoán

*Mi Don Francisco Giner*  
(1906 - 1910)

Ediciones del Rep. Am.

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

Precio del ejemplar: ₡ 2 (0.50 oro am.)

Luis de Zulueta

### La canción del pan

Pan nuestro  
de cada jornada, de todo momento.

Pan nuestro formado  
de un trigo cruento, sembrado  
en surcos de pena y rencor.  
Pan nuestro que moja el dolor,  
pan nuestro con sangre amasado.

Yo te he visto, lejos de la alegría,  
caer entre las bocas lívidas  
de los hombres que nunca han el ruego  
ni en los ojos el rastro que deja la súplica.  
Pan nuestro, comido ante el fuego  
del tugurio, en las noches sin fin  
en que azota, cual látigo, el viento.

Pan nuestro  
de cada jornada, de todo momento.  
Eres sangre, eres Vida y Espíritu.  
Eres sangre y Espíritu nuestro.

Bien haya el que lejos del júbilo  
te come y te llama pan único.

Bien haya el que siempre te ha hallado  
en su vida, en su mano capaz,  
con sangre sagrada mojado.

Pan nuestro que deja brotar el Señor  
en surcos de pena y rencor.

Bien haya el que dobla su frente hacia el surco  
y te encuentra, y te arranca, y te amasa  
y te come llamándote único,

porque, oh pan doloroso, oh pan nuestro  
de cada jornada y de todo momento:  
eres sangre, eres Vida y Espíritu.  
Eres sangre y Espíritu nuestro.

### Oh, sangre

Oh sangre, oh sangre. Al corazón sumido  
en un sueño de paz, fluye sin pena.  
Oh sangre: así bajo la noche llena  
de paz, afluye al corazón sin ruido.

Duérmete, oh sangre. El funeral gemido  
con que resbalas por la oculta vena,  
puede turbar el ánima serena  
y despertar el corazón dormido.

Oh sangre, sé, cual los arroyos pura.  
Oh sangre, oh sangre espiritual: sé fuerte,  
mas con la fortaleza que perdura,

y así podrás, entre la sombra inerte,  
triumfante del amor y la amargura,  
cruzar hacia el reposo de la muerte.

### Fascinación

Fascinación del mar oscuro,  
alta fascinación del espacio y del vuelo.



## Página lírica de Germán Pardo García

Bogotá. 1928

Todo está resumido  
en la perfecta síntesis de mi anhelo.

Fascíname un orgullo que me azote  
con la fuerza de un ala temida.  
Un orgullo que pueda  
subyugar la profunda rebelión de una vida.

Fascíname la tácita soledad de las cosas,  
que son vida sin luz ni sonido.

Fascíname un dolor que se nutra con sangre.  
Un dolor, como el alma, infinito.  
Un gran dolor que sea conmoción de mi carne,  
conmoción de mi espíritu,

porque sólo se rinde mi anhelo  
a un orgullo que azote, como un ala temida,  
y a un dolor infinito que pueda  
subyugar la profunda rebelión de una vida.

### Silencio

He puesto una tienda  
con las últimas novedades de mi silencio.

Por las tardes, hacia la soledad  
abro sus puertas funerales

y después de once horas las cierro  
con la primera luz del alba.

Extravagancias de poeta,  
caprichos del alma.

Vendo trivialidades  
y cambio pensamientos  
por estrellas y por canciones  
para mis soledades.

Y lo que pensarán los hombres: está loco el  
[poeta].  
Pero ninguno sabe mis íntimas saudades.

En un rincón están abandonadas  
las coplas románticas  
que hice a la novia de mi abril florido.  
Cantares ingenuos  
atados, como flores, con cintas perfumadas.

Colgué de la pared  
el ensueño que nunca he poseído.  
Despojo sin gloria  
de un ideal que me tendió su red.

Apagué las luces de mi filosofía,  
y encendí las farolas  
de cualquier melancólica ironía.

Y le grité a los hombres: vendo trivialidades  
y cambio pensamientos  
por estrellas y por canciones  
para mis soledades.

Y lo que pensarán los hombres: está loco el  
[poeta].  
Pero ninguno sabe mis íntimas saudades.

### La inquietud

A Luis López de Mesa

La primera inquietud  
hiere mi pensamiento.

La primera inquietud  
estremece mi espíritu como un golpe de viento,

En el fondo de mi audaz alegría,  
ha empezado el silencio,  
la inquietud, alma mía.

Tú, que miras mis ojos  
y que buscas mis manos,  
me dices que hay un nuevo mirar en mis ojos.  
Un mirar a otros mundos, arcanos.

Yo que nunca miré más allá de tus ojos,  
mas allá de tus manos.

Yo cantaba, cantaba,  
y reía, reía.  
Y era fuerte mi canto,  
y era audaz mi alegría.

Pero ya en mi destino y en mitad de la vida,  
la primera inquietud hiere mi pensamiento.  
La primera inquietud, esperada y temida,  
estremece mi espíritu como un golpe de viento

limpia, otras lo abría tentadoramente  
contra la bandeja del té. Hasta que un  
día la vencí aunque no recuerdo por qué  
medios. Lo que recuerdo, como si lo  
viera, es una ojeada por el ojo de la  
cerradura a que me invitó otro miembro  
de la familia. Entonces ví a mi madre  
absorta en la lectura de *The Master of Ballantrae* y murmurando la música  
para ella sola, moviendo la cabeza en  
señal de aprobación, y echando una rá-  
pida ojeada al pie de la página antes  
de comenzar por la cabeza. Con todo su  
oído debe de haber estado pendiente de  
la puerta, pues cuando me precipité den-  
tro, ella me la había ganado; el libro  
no se veía por ninguna parte; todo lo  
que tenía en el regazo era su delantal,  
y su mirada vagaba fuera de la ventana.  
Siguióse una conversación por este estilo:

### Margarita Ogilvy...

(Viene de la página 39).

—Te has estado muy quietecita en tu  
silla, madre.

—Quietecita como siempre, sin nada  
que hacer jamás; ya no soy más que una  
media de desecho.

—¿Has estado leyendo?

—¿Me has visto alguna vez leyendo a  
esta hora?

—¿Qué es lo que hay en tu falda?

—Mi delantal, nada más.

—¿Es un libro lo que hay debajo  
del delantal?

—Puede que sí.

—Déjame ver.

—Vete a tu trabajo,

Pero levanto el delantal. —¡Ah!—

exclamo yo afectando desagrado—*The Master of Ballantrae!*

—¡Así es!— dice mi madre con igual  
sorpresa. Pero yo la miro con seriedad,  
gesto severo, y parece que se sonroja.

—Bueno, ¿y que te parece? ¿ni pisca  
de parecido a los míos?—digo yo por  
seguirle el humor.

—Nada que se parezca a ellos—dice con  
determinación,

—¡Ni pizca!—digo, no importa si con  
una sonrisa o un suspiro, tanto da,  
que todo significa lo mismo—¿Iré a  
dejar el libro en el estante, otra vez?—  
pregunto— y ella responde que no le  
importa dónde lo ponga, con tal que lo  
quite de su presencia (como para dar a  
entender que el libro se ha ido a escon-  
der en su regazo mientras ella miraba  
por la ventana). Mi comportamiento po-

drá parecer mezquino, pero quiero hacerla confesar, y le digo que hay gentes que encuentran que este libro es de aquellos que cuesta soltar antes de llegar a la última página.

—Yo no soy de esas—replica mi madre.

De todas maneras, nuestra porfía siguió adelante, con la diferencia de que ahora era mi madre quien se llevaba el libro a escondidas, y yo quien lo volvía al estante, y por más que en varias ocasiones nos sorprendiéramos el juego, ni uno ni otro decía palabra: comenzábamos a sentirnos molestos. Es posible que me haya olvidado de muchos incidentes, pero uno recuerdo muy bien. Ella había bajado a sentarse junto a mí mientras yo escribía, y cuando levantaba la vista notaba que ella no estaba mirando lo que yo hacía sino al estante desde donde *The Master of Ballantrae* le hacía guiños. Los libros de Mr. Stevenson no son para estar en los estantes, sino para andar de mano en mano, y aun cuando uno los haya terminado debe dejarlos sobre la mesa para que los tome el primer recién venido. Siendo como son lo más sociable que el hombre haya escrito en nuestra época, esos libros se sienten muy solos en la rígida fila de un estante. Me imagino que os echan el ojo desde el momento en que entráis al estudio, y una vez que os hacen mirar de ese lado, os acercáis a sacarlos con ese impulso que nos lleva a soltar la cadena del perro. Y el resultado es también parecido, porque un momento más tarde estáis jugando juntos. ¿Hay otro escritor moderno que se llegue a nuestra intimidad de esa manera?

Pues bien, ya le han dirigido esa mirada a mi madre que en el salón de baile significa:—Pídeme este vals. Y ella sentía la comezón de hacerlo, pero pensaba que su primer deber estaba en sentarse a un lado con este otro compañero menos entretenido. Yo escribía y escribía, pero alcanzaba a oír el cuchicheo:

—¿He de quedarme de mirón?—decía James Durie, con reproche en la voz.

—Habla más despacio,—replicaba mi madre, señalándome con sobresalto en la mirada.

—¡Psh!—decía James desdeñoso—ese suda-tinta!

—No permito que le pongas apodos—dice mi madre con enojo.

—Ya nada quiero tener que ver con él—dice James (limpiando su bastón con su pañuelo a cuadros) mientras su espada hace un ruido delicioso (que no creo fuera casual) y que hace suspirar a mi madre. Y conforme con su espíritu de siempre, asegura su ventaja con una comparación que me hace a mí sumergir la pluma en el tintero con furioso ademán.

—Mucho más grato este ruido (y hace chocar su espada) que el clac-clac de la «lanzadera» de tu amigo.

—¡A callar!—dice mi madre, que ve mi nervioso movimiento.

—Dame el brazo, entonces—dice James en voz más baja.

—No me atrevo—responde mi madre; —todo lo que se refiere a ti le causa resentimiento.

—Anda, ven—la apura él—Si has de venir tarde o temprano, ¿por qué no ahora mismo?

—Espera que salga a dar su paseo—dice mi madre—Y después de todo estoy vieja de sobra para pensar en bailar contigo.

—¿Qué edad tienes?—pregunta él.

—Me gusta la frescura.

—¿Tendrás setenta.?

—Eso y más.

—¡Bah—dice él—una niña apenas!

Ella replica al instante:

—A mí no me emborrachas con jarrabe. Pero al mismo tiempo sonrío y se levanta como si él hubiera extendido el brazo y tomándola por la punta de los dedos.

De ahí en adelante se secretaron tan bajo (cosa fácil, desde que estaban ahora tan cerca el uno de la otra) que sólo pude pescar una frase. Provenía de James, y mostraba sin duda el carácter de sus secretos, porque decía:

—Nada más fácil si me escondes debajo del chal.

Lo hizo ella como se le pedía, y salió de la sala con aire culpable, murmurando algo así como que iba a arreglar los cajones de su cómoda. Yo debí tener una sonrisa forzada o la conciencia debió de remorderle, porque en menos de cinco minutos la tuve de vuelta con su cómplice a la vista, y lo arrojó con gran indignación en el sitio donde mi Stevenson había perdido un diente (como hubiese dicho el escritor que más se le parecía). Y luego a fuer de buena madre, tomó uno de los libros de su hijo y se puso a leerlo con suma determinación. La ocurrencia me llegó al alma, y recuerdo que sobre el terreno convinimos en hacernos mutuas concesiones: ella leería la tentadora obra nada más que para convencerse de que era inferior a las mías.

*The Master of Ballantrae* no es lo mejor. Imagínese cual sería el regocijo de mi madre al saber de fuente segura que había por lo menos tres superiores esperándola en el mismo estante. No conocía aún a *Alan Breck*, y éste se hallaba tan deseoso de bajar como el propio Mr. Bally. Ahí estaba *John Silver* amarrándose su pierna de palo, y rugiendo —¡Ya me encargaré de eso!, al oír que ella me aseguraba que no podía pasar historias de piratas. ¿A qué se puede comparar el no haber trabado conocimiento con esos señores? Es como no haber estado nunca enamorado. Pero ellos están en casa. Resulta como saber por anticipado que uno va a enamorarse mañana por la mañana, a primera hora.

Con una sola palabra, o con poner cara agraviada, pude haber hecho que mi madre renunciara a la entera colección; ¡vaya! pude haberlo conseguido puramente con decir que *The Master of Ballantrae* le había gustado. Pues no hay que olvidar que lo había leído solamente para convencerse a ella misma (y a mí) de lo poco que valía el libro, y que el motivo porque quería leer los demás era para confirmar sus juicios. Todo esto me lo puso bien claro, mirándome un poquito preocupada en el intertanto, y yo por cierto acepté la explicación.

*Alan* es la creación más vívida entre todas, y estoy seguro que ella lo creyó así; mas, cosa curiosa, me he olvidado de lo que ella pensaba de él. Pero, *La Isla del Tesoro* ¡cómo la apasionó! y cómo se esforzaba en serme fiel durante el tiempo que le demoró la lectura! Tenía que ponerle las manos sobre los ojos para hacerle saber que había entrado a la habitación, y aun así solía tratar de leer por entre mis dedos, volviendo al fin a la realidad para exclamar: ¡Vaya un diantre de libro!

—¡Esas historias de piratas son tan poco interesantes!—decíale yo sin temor a que en su exaltación viera malicia en mis palabras.—¿Le parece que alcanzará llegar al fin del libro?

—Tanto da que siga adelante hasta el fin, ya que lo comencé,—dice ella con tanta inocencia que mi hermana y yo movemos la cabeza con ese gesto que quiere decir:—¿Habrá mujer como ésta?

—En mis libros no se tropieza uno con esos pícaros con pierna de palo.—digo.

—Están mejor sin ellos,—me replica sin vacilar.

—No comprendo, madre, qué tiene este autor que atrae tanto al público.

—Lo que es a mí no me apasiona—insiste ella.—Con mucho prefiero leer tus libros.

Me le ofrezco inmediatamente para ir a traerle uno de ellos y esto despierta sus sospechas.

—¿No dudarás por un momento que prefiero tus libros?—me dice con súbita ansiedad. La calmo con mi confianza y me retiro diciéndole que siga leyendo nada más que por ver si descubre los artificios que emplea el autor con su público.

—Oh, bien puede que vuelva a darle una ojeada más tarde,—dice con tono indiferente; pero lo más probable es que junto con cerrarse la puerta el libro se abra, como por combinación automática. Recuerdo cómo leyó *La Isla del Tesoro*, manteniendo el libro junto al borde de la chimenea (para no tener que levantarse y perder tiempo encendiendo el gas), y luego cuando llegó la hora de acostarse, y nosotros la llamábamos y la reconveníamos, ella repuso con tono furioso, mientras se abrazaba al libro.

—No pongo mi cabeza en la almohada esta noche hasta no saber cómo hizo el muchacho para salir del barril.

Después de esto estoy seguro que Stevenson fué para ella tan atrayente como el muchacho del barril. ¿No fuera él mismo un muchacho en su barril, que se encaramaba en busca de manzanas mientras todos nosotros nos quedábamos al pie, como chiquillos de la calle, esperando que nos tocara un bocado? Era como el espíritu de la niñez que tiraba de la falda de este viejo mundo en que vivimos, obligándolo a volverse a sus juegos. Y supongo que mi madre sentía esto como tantos otros lo han sentido: al igual que otros, sintióse medio asustada al principio de verse saltando en la cuerda. Con ese niño genial sosteniendo uno de los extremos, pero pronto le dió ella la mano y se fueron al campo, sin una palabra de excusa siquiera para el

autor que dejaban a un lado. Pero nunca en su vida quiso reconocer (de palabra) que él poseía un encanto que no estaba al alcance de su hijo.

—Uno es la seda, el otro cañamazo,— se le decía.

—Denme entonces el cañamazo,—replacaba ella con obstinación.

—¿Pero si él hubiera sido tu hijo?

—Pero no es.

—¿Querías que lo fuese?

—No diré que no habría hallado un sitio a mi lado en la familia.

Y, sin embargo volvía a aplicarle el calificativo de malvado (cosa que regocijaba a Stevenson cuando supo el por qué). Eso ocurría cada vez que llegaba uno de esos abultados sobres de sello rojo que venían de Vailima a convidarme a visitarle allá. (Sus señas eran: Tome el vapor de San Francisco, y mi vivienda es la que queda segunda a la izquierda). Aun Londres le parecía tan remoto que con frecuencia un viaje allí me demoraba una semana (los primeros seis días para hacerla consentir); y esas cartas le daban terror. Y no era el dedo de John Hawkins lo que ella veía ha-

ciéndome señas desde el otro lado del mar, sino el mismo John Silver agitando una muleta.

Rara vez leí una de esas cartas de un tirón; al llegar a la mitad, de repente recordaba quién estaba arriba y qué estaba haciendo probablemente, y corría saltando tres peldaños a un tiempo, para hallarla mordiéndose los labios, con las manos cruzadas, cual una imagen de la desolación.

—He recibido una carta de...

—Así he sabido.

—¿Quieres que te la lea?

—No.

—¿No puedes pasarlo?

—No lo trago.

—¿Te parece un pícaro? ¿lo crees un malvado?

—Eso y más.

Realmente, Vailima era al ver el único punto de la tierra que me habría gustado visitar, pero creo que ella tuvo siempre la convicción de que no la dejaría sola jamás. A veces me decía que le gustaría que fuese, pero no antes de que ella estuviese bajo tierra.

—Y ve cómo me he encogido este invierno pasado. Mírame las muñecas. Ya no puede tardar.

No, nunca pensé en ir, nunca me ausenté de su lado por un solo día sin hacerme violencia y nunca mi paso fue tan vivo como al venir de vuelta a casa. Luego, ocurrió lo que había de acabar para siempre con mis planes de viaje. Jamás iré ya repechando por el camino de los Corazones Amantes, en «una maravillosa noche estrellada», a encontrarme con el hombre que viene cabalgando a mi encuentro. Es esta siempre una maravillosa noche estrellada, pero el camino está desierto. No ví, pues, nunca al buen rey de todos nosotros. Pero antes de que hubiera escrito libros, él había estado en la parte donde yo vivo, con su caña de pescar en la mano, y me complazco en imaginar que yo fui el muchacho que se encontró con él por el lado del pantano de la Reina Margarita junto a los fresnos, y le cacé una mosca para su anzuelo, y me quedé contemplándole mientras que su esbelta figura se alzaba y se inclinaba con el vaivén de su caña en las aguas cristalinas de Noran-side.

## Supresión de "un instinto por suero de misma especie"

Por  
C. Picado T.

Si en la serie de las aves pasamos en revista las modalidades diversas en que se manifiesta el «deseo de incubar», forzoso nos es comenzar por los *cucillos* de Europa que «vagabundos y desamorizados no construyen nido alguno sino que dejan sus huevos en nidos ajenos, haciendo que pájaros de otras especies les alivien la carga que apareja la incubación y los cuidados que requieren los polluelos recién nacidos». Entre nosotros los *tordos* hacen otro tanto y es así que a veces encontramos a minúsculos padres adoptivos, tratando de saciar el hambre voraz de un, relativamente enorme, polluelo de tordo incubado por ellos.

En el otro extremo de la serie figura la gallina doméstica cuyo precoz «amor maternal» la hace servir aun para incubar huevos de otras especies. La gallina buena incubadora no abandona el nido sino por pocos minutos y su «abnegación» es tan grande, a veces, que mejor sucumbe víctima de los parásitos, en vez de abandonar el nido.

Entre las palomas, la tarea de incubar es compartida por el macho que «menos egoísta y más generoso, toma parte en los deberes que incumben a los padres».

En otras especies (*Turnix-Phalaropes*) los papeles se han cambiado y las hembras «desnaturalizadas y malas madres», abandonan al cuidado exclusivo de los machos, la tarea de incubación y cuidado de los polluelos. Tarea que aceptan los machos «sumisos y obedientes mientras las hembras se dedican a trota-montes».

\* \* \*

Abandonemos ahora el lenguaje antropocéntrico e imaginativo y veamos de cerca los hechos: En las gallinas el macho está brillantemente vestido mientras que la hembra lleva plumaje modesto que testifica una influencia activa de las secreciones internas del ovario. En las palomas en que se comparte el trabajo de incubación entre macho y hembra, el dimorfismo sexual es casi nulo y, finalmente, en aquellas especies en que el macho incuba, este es más pequeño que la hembra y sus colores menos vistosos.

Estos hechos, por una parte, y por otra el haber mostrado PÉZARD que las gallinas sin ovario no se encluecan, parecían mostrar que el estado de «clueca» corresponde a una anomalía de secreciones internas.

Si esto fuese verdad caben dos hipótesis: 1.º Hay producción de nuevas secreciones y el estado es *activo*. 2.º Hay déficit de secreciones, y el estado es *pasivo*.

Para controlar estos hechos hicimos las siguientes experiencias:

A) Una gallina normal recibe cada día y durante 4 días consecutivos, 2 C. C. de suero sanguíneo de gallina clueca. Nada cambia.

B). Una clueca (con pocos días de encluecada y perteneciendo a una serie cuya cluequera es tenaz) recibe en la misma forma y cantidad suero de otra gallina que esté poniendo a la fecha. A la segunda inyección se nota un cambio, a la tercera no trata de buscar nido y a la cuarta todo su aspecto y *la voz, han cambiado*.

C). Se repite la experiencia con otra gallina clueca y los resultados son idénticos, comenzando a poner diez días después.

D). Una clueca, tratada de igual manera con suero de gallo, no muestra cambio.

Vemos pues que estos hechos nos muestran «a cuatro días vista» el efecto hormonal de un suero normal sobre un estado anormal y sin el menor asomo de duda, pues hasta hay recomienzo de la época de postura.

¿Y el precoz amor maternal?

(Trabajo del Laboratorio del Hospital, San José, Costa Rica, Enero de 1929.)

Los hombres de mejor gusto y más elevada cultura cuidan de su buena apariencia.

## La Sastrería Americana

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de **₡ 4.50** c/u.

Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho.

Busque los casimires de la **SASTRERÍA AMERICANA** SON los de más fina calidad.

**J. PIEDRA & Hno.**

Lado Oeste de Foto Hernández

### Con el doctor Palacios.

—El Dr. Alfredo L. Palacios, cuya autoridad en la materia creemos superfluo reseñar, refiriéndose a la situación, nos dijo:

—Ante este doloroso suceso que, a mi juicio, no habrá de repetirse porque la conciencia de los pueblos se sobrepone a todos los extravíos que pudieran intentar los gobiernos—lo cual tampoco cabe esperarse, dado el más elemental sentido de prudencia internacional—me parece oportuno hacer referencia a un párrafo mío suscrito en 1924. Expresé entonces que somos pueblos nacientes, libres de ligaduras y atavismos, con inmensas posibilidades y vastos horizontes a nuestro frente. El cruzamiento de razas nos ha dado un alma nueva. Dentro de nuestras fronteras acampa la humanidad. Nosotros y nuestros hijos somos síntesis de razas. No podemos, por tanto, alimentar los viejos odios, frutos de limitación y parcialidad. La dilatada extensión de nuestros países, casi despoblados, hace absurda la lucha de los pueblos por la tierra. No necesitamos disputárnosla, ni regarla con sangre fratricida, sino dividirla entre los hombres, haciéndola fecunda por el esfuerzo, en beneficio de todos.

¿Cómo explicarnos, pues, esta lucha entre Paraguay y Bolivia? olvidan ellos al enemigo común, absorbidos por la disputa de tierras que la tradición de ambos pueblos obliga a compartir con la misma naturalidad con que se comparte la atmósfera. Naciones agobiadas como consecuencia de guerras largas y terribles—la del Pacífico y la del Paraguay—es absurdo y hasta infantil el espectáculo que ofrecen debatiéndose en un infructuoso pleito de tan lamentable resonancia.

Desgraciadamente, los países de la América Latina están muy preocupados de su soberanía con relación al hermano, olvidando que se someten cada día más a la plutocracia yanqui, perdiendo su soberanía en las redes de la diplomacia primera.

—Por eso urge cumplir el programa de la Unión Latino-Americana. Hay que coordinar la acción de los escritores, intelectuales y maestros de la América Latina como medio de alcanzar una progresiva compenetración, política, económica y moral, en armonía con los ideales de la humanidad.

Hay que desenvolver en los pueblos latino-americanos una nueva conciencia de los intereses nacionales y continentales, auspiciando toda renovación ideológica que conduzca al ejercicio efectivo de la soberanía popular, combatiendo toda dictadura que obste a las reformas inspiradas por anhelos de justicia social.

Hay que garantizar la independencia y libertad de los pueblos de América contra el imperialismo de los Estados capitalistas extranjeros, uniformando los principios fundamentales de derecho público y privado y promoviendo la creación sucesiva de entidades jurídicas, económicas e intelectuales de carácter continental.

La Unión Latino-Americana, auspicia para el caso de conflictos entre pueblos

## Todavía quedan absurdos litigios fronterizos en Hispano América



hermanos, la *solución* arbitral de cualquier litigio que surja entre naciones de la América Latina por jurisdicciones exclusivamente latino-americanas y reducción de los armamentos nacionales al *mínimum* compatible con el mantenimiento del orden interno. Se opone, también, a toda política financiera que comprometa la soberanía nacional y en particular a la contratación de empréstitos que consientan o justifiquen la intervención coercitiva de Estados capitalistas extranjeros.

—Nuestra labor—agrega el doctor Palacios—se va ensanchando; hace nuevos adeptos cada día, y esto estimula nuestra acción y afirma nuestra fe.

Juana de Ibarbourou, la noble poetista uruguaya, ha enviado a la Unión Latino Americana su adhesión entusiasta. Ha dicho:

«En la juventud del continente hay en la actualidad un solo punto de mira: el de la independencia efectiva. Se lucha contra el imperialismo de los Estados Unidos, se combaten las dictaduras, se da batida al caudillismo, se rechazan los «meridianos» porque América es el continente de la libertad, y todo lo que sea un atentado contra esa libertad, que es una aspiración de entraña, constituye un delito, un odioso delito»

Por último, nos expresó el doctor Palacios:

—No enajenen los pueblos su libertad en luchas fratricidas.

Ya el Paraguay y Bolivia fueron víctimas de guerras que asolaron sus pueblos. Ha llegado el momento de unirse contra el enemigo común, y no de combatirnos nosotros mismos, máxime cuando en nuestros países hay mercaderes dispuestos a abrir las puertas al imperialismo.

(Crítica. Buenos Aires).

### Reflexiones

**El fratricidio en América.**—Estamos ya ante el espectáculo inaudito de una guerra entre Bolivia y Paraguay. Espectáculo ridículo, gesticulante y tropical, como todos los actos de nuestras republiquetas liliputieneses que en el instante de las suspicacias chauvinistas se tragan enteros al mundo y al enemigo. Ya se han tiroteado, en *horrído combate*, las avanzadas de los ejércitos; ya se han capturado fortines; ya en La Paz se han realizado *grandiosos* y homéricos desfiles patrióticos dignos de la epopeya; ya se han presentado, ardidos de coraje y

*civismo*, treinta mil indios que están dispuestos a «reinvindicar el honor nacional» ya las fronteras de ambos países están cuajadas de rifles y de espadas

que ocultan la luz del Sol para que los nuevos Leónidas sudamericanos se den el gusto de luchar en «medio de la sombra». ¡Grecia heroica rediviva ante la majestad, no menos heroica de los Andes!...

¡Qué tierras tan regocijantes las de América! Regocijo trágico-cómico y escalofriante para el hombre que tiene un cerebro y un corazón en sus cabales. Tragedia y risa, carcajada y lágrima,—he aquí el melodrama de la más típica marca sudamericana.

\*\*\*

Y, sin embargo, ¡cuánto dolor, cuánta miseria y cuánta ignorancia en todos nuestros países!... Nos llamamos pueblos civilizados y en el corazón de nuestras montañas hay centenares de tribus salvajes que viven en la más absoluta barbarie; nos llamamos pueblos libres y en toda la vasta región de los Andes impera el más oscuro y áspero feudalismo; nos llamamos pueblos organizados y para transportarnos de un punto a otro de nuestros respectivos países se pasan meses enteros, el tiempo suficiente para ir de un extremo de Europa al otro extremo de Asia; nos llamamos pueblos ricos y «estamos sentados en bancos de oro cubiertos en harapos», nos llamamos pueblos cultos y tenemos millones de indios analfabetos, los mismos que se presentan, a cada algarada chauvinista, dispuestos a reivindicar «el honor nacional». He aquí el cuadro sombrío de toda nuestra tragedia.

\*\*\*

Y lo único que tenemos que hacer y que debemos hacer, es trabajar. ¡Trabajo duro, ahincado, persistente, constructivo! Si todo nuestro bufo heroísmo lo consagráramos a vencer nuestra miseria, nuestra ignorancia y nuestra pereza, nos habríamos salvado o, por lo menos, comenzaríamos a salvarnos. Pero no ha llegado aún la salvación de nuestra raza. Seguramente arrastramos una carga demasiado grávida de culpabilidad histórica. Seguramente, como piensan los místicos indús, nuestro *karma* es demasiado pesado y tenemos que purificarnos en la humillación y en el dolor. Nos encadenarán otras razas, otros hombres se llevarán nuestras espléndidas riquezas que por sarcasmo puso la naturaleza en nuestros territorios y nosotros y nuestros hijos servirán a otros pueblos. Mientras tanto blandiremos el puñal fratricida, nos entregaremos a locas gesticulaciones militares y en un rincón de la «virgen América» y de los «vírgenes Andes» reeditaremos, corregida y aumentada, la leyenda de las Termópilas y de Esparta la heroica.

\*\*\*

¡Entre tanto, vibran las locomotoras que no son las nuestras, se despliega en el espacio azul, el humo de los barcos

que se llevan el oro de nuestras minas y los cables, que tampoco son nuestros, esparcen por todas partes las noticias de nuestros *hórridos combates* que suscitan la carcajada del mundo.

**¡Quiero la paz, pero voy a la guerra...!**—Bolivia y Paraguay se están guapeando de lo lindo y desde hace algunos días se han dedicado a echar a rodar dimes y directes internacionales. Ambos países se han alzado en hombros, han inflado el pecho y, por boca de sus ministros en el extranjero, se lanzan terribles amenazas incendiarias de más potencia destructora que el fuego de Arquímedes.

Don Isidro Ramírez, representante del Paraguay, ha dicho:

—Deseamos la paz, pero si las circunstancias nos llevan por otro camino, cumpliremos con nuestro deber.

El doctor Ostría Gutiérrez, representante de Bolivia, ha declarado, por su parte:

—Mi país no desea la guerra pero tampoco la rehusaría.

Ni más ni menos que dos chiquillos que se pelean por una golosina o un juguete.

En este caso el juguete es el «honor nacional»

¡Siempre el honor nacional! Y al «honor nacional» de esta especie debemos más descalabros y más desgracias que estrellas hay en el firmamento. Por este «honor nacional» todos los países

de nuestra raza se encuentran en la miseria, se encuentran atrasados y anal-fabetos, se encuentran con sus riquezas enfeudadas al extranjero.

Todavía no queremos comprender que el verdadero «honor nacional» consiste en fundar escuelas y universidades, y en desanalfabetizarnos, en explotar nuestras riquezas nacionales por nosotros mismos, en construir carreteras y caminos, y en procurar el máximo bienestar de nuestros respectivos pueblos.

¡Ni siquiera nos han valido cien años de experiencia dolorosa, cien años de luchas y de desgarraduras intestinas, cien años de completa ruina republicana!

Ni siquiera nos ha aleccionado el ejemplo edificante de Estados Unidos, que se mantienen entre sí, unidos y fuertes, en una vasta y poderosa confederación de Estados prósperos, ligados por enérgico vínculo solidario, mientras los otros Estados de la América del Sur nos guapeamos cada mes, nos *echamos el resuello* y nos *tocamos la barba* para encorajinarnos mutuamente e irnos a las manos!

Tenemos ojos y no vemos, tenemos oídos y no oímos, la sonora, la inmensa, la sarcástica, la compasiva carcajada del mundo entero y, sobre todo, de Estados Unidos que se ríen de nuestra bufa y grotesca beligerancia tropical, de nuestras aturdidas y tórridas gesticulaciones belicosas...

¡No queremos la guerra!... ¡Que manera tan singular de *querer*, la nuestra!

*Antenor Orrego*

(El Norte. Trujillo, Perú).

## Dos notas de Mario Sancho

**Omar Dengo.**—Acaba la muerte de causar al grupo de educadores costarricenses una baja que no es exagerado calificar de irreparable.

A Omar Dengo tendremos que recordarlo siempre por su talento, su entusiasmo y su dedicación a la enseñanza. Era el tipo ideal del maestro, esto es, del hombre que pone en la labor educativa lo mejor que hay en su naturaleza y no únicamente un interés perfunctorio.

El oficio de enseñar, que fué la pasión de nuestro amigo durante su corta pero fecunda existencia, es un oficio difícil, el más difícil de todos. No bastan talento y cultura para ser un buen maestro. Se necesita también gusto por el trabajo de la escuela, cariño vigilante por los alumnos, simpatía para entender sus dificultades e ideales, paciencia para sobrellevar sus defectos mientras se logra corregirlos, fervor que inflame a la clase en el fuego de la curiosidad, y discreción al propio tiempo para no convertir el más útil de los apostolados en cátedra de pedantescas vanidades.

Omar Dengo reunía todas estas cualidades, tan raras de encontrar, no digamos juntas, pero ni siquiera dispersas, en conjunción brillante. Había nacido con la vocación de enseñar y a ella dedicó todos los arbitrios de su inteli-

gencia que era grande, y todos los recursos de su bondad que era aún más grande.

La muerte le ha segado en la flor de sus años, cuando más útil nos era. Para epitafio de su tumba yo sugeriría éste, no como un reproche o una queja al destino, que tales cosas no se acuerdan con la resignada serenidad de su espíritu, sino como homenaje a su abnegada labor prematuramente trunca: «Hizo todo el bien que pudo, pero no todo el que quiso».

Pienso que el dolor de separarse de su Escuela y de abandonar a sus hijitos y a la que fué gentil compañera de afanes y estudio deben haber pesado grandemente en su corazón a la hora de irse de este mundo.

Que la paz de Dios sea con él y que Costa Rica no lo olvide!

**Smith, Politician, Hoover, Administrador.**—Ésta fué una de las muchas tonterías que se dijeron o se murmuraron en la campaña recién pasada. Ahora veo que acaba de hacer su aparición también en un periódico de Costa Rica, ¡bala perdida después de la refriega!

La gente en todas partes es muy dada a estas definiciones simplistas con

las cuales se evitan la necesidad de informarse y de pensar. Vale la pena pues observar que las personas de seso de este país no aceptaron esta fórmula «on its face value». En primer término, ¿qué quiere darse a entender llamando a Smith «politician»? Si de lo que se trata es de demeritar su carrera política, basta reparar su record de gobernador para convencerse de que tal cargo no puede sustanciarse con los hechos y es hijo de la pasión o de la ignorancia. Un hombre que tiene a su cuenta la lista inmensa de servicios y reformas del Gobernador de Nueva York es un hombre de estado hecho y derecho.

Ahora si «politician» significa habilidad para manejar a los hombres y para abordar y resolver situaciones difíciles o para hacer pasar proyectos de ley contra la hostilidad de una cámara de representantes afiliada a otro partido, el cargo en vez de ser deprimente envuelve el reconocimiento de uno de los grandes méritos que 15,000,000 de americanos,—entre ellos los miembros más distinguidos de las universidades, del libro y de la prensa—, vieron en la persona del candidato demócrata.

Aquí lo mismo que allá hay la tendencia a considerar estas cualidades necesarias en el político que quiere hacer algo más que exponer teorías, como si fueran defectos de que tuviera que avergonzarse y pedir excusas. Pienso que es tiempo de ir reaccionando contra este prejuicio.

Jorge Volio dijo hace algún tiempo, cuando se alegaba como mérito de una persona el hecho de que no entendía ni le interesaba la política, una de las cosas de más sentido y más alcance. El hombre que va al gobierno, a hacer gobierno, debe ser un político, igual que el que hace zapatos debe ser un zapatero.

No basta tener buenas ideas y ganas de realizarlas. Hay que saber además cómo ponerlas en práctica, para lo cual la astucia o la política o como quiera llamársela resulta indispensable.

El gobierno no es un ciencia abstracta sino que en él entran por mucho factores humanos de índole diversa. Esto explica por qué un don Cleto entre nosotros, tiene más éxito que muchos jóvenes de buenas intenciones.

Smith es un maestro consumado de la política. El aprendió su cartilla desde muchacho en los «side-walks» de Nueva York. Lincoln aprendió la suya en los distritos rurales del oeste, pero sería injusto a la vez que estúpido creer que esa habilidad constituye todo su haber. También tiene visión de los problemas sociales y administrativos y lo ha probado ampliamente en sus cuatro años de gobernador.

Smith es un político y un hombre de estado al mismo tiempo. Después de todo, ¿qué es un hombre de estado sino un político muerto, como dijo un político inglés que sabía de estas cosas?

*Mario Sancho.*

Boston, 8 de diciembre de 1928.

SE me ha pedido que diga algo acerca de la relación de los colegios con las ocupaciones, pero si se me permite, hablaré más bien de la ocupación, de mi ocupación, porque soy un manufacturero, como lo fueron mis antecesores, y quiero anunciarla. No, no es esta la palabra correcta; quiero hacer conocer la calidad de la mercadería que producimos.

Mis antecesores hicieron productos de algodón. La ocupación a que yo pertenezco tiene una clase diferente de producto, pero es una ocupación antigua y bien establecida; es la más antigua corporación existente hoy en los Estados Unidos. Dentro de ocho años el negocio cumplirá 300 años, lo que representa, creo yo, más que cualquiera otro en este país.

Es hombres lo que producimos. Hablo no de las escuelas profesionales, sino simplemente del colegio. Hacemos hombres. Es un curioso producto, que no puede estandarizarse, porque es un producto biológico y por lo tanto imposible de estandarizarse por completo. No obstante, hay diferentes grados en la mercadería que producimos y una de las dificultades con que topamos es la de la plaza, pues los negociantes suelen preferir la mercadería de segunda clase para quejarse luego de que no es de primer orden.

Recuerdo lo que hace unos años me dijo un negociante: «Ustedes no enseñan como debieran a sus estudiantes. Buena cantidad de ellos va a parar a las oficinas de los corredores y se dedican a vender acciones y bonos a los amigos de sus padres, pero no progresan mucho.» Medité sobre lo dicho y le dije: «Si Uds. nos dejan hacer lo que otros manufactureros hacen, recomendar nuestros propios productos, encontrarán entonces un resultado muy diferente».

Walter Gifford ha hecho diferentes estadísticas muy interesantes, que ha publicado en el *Harper's Magazine*. Emplea algunos miles de graduados de colegios, aconteciéndole que, siendo él mismo un graduado, pudo ver cómo procedieron otros hombres en relación al rango que el colegio les dió. Escalonó estos hombres según los períodos que habían estado en sus empleos, comparando esto con el grado obtenido en los colegios, y halló que, durante los primeros cinco años, mientras hacían el aprendizaje de la ocupación, había poca diferencia; pero de este período en adelante los mejores estudiantes obtenían mayores salarios.

A propósito, la comparación se hizo en su totalidad, no por estimaciones sino por salarios pagados realmente. Y encontró que desde ese período en adelante se separaron más y más; que los hombres que ocuparon el primer tercio de su clase en el colegio ganaban mayores salarios que los del segundo tercio; y los del segundo tercio, mayores que los del tercero, continuando esta divergencia hasta que hubieron salido al rededor de los veinte años, punto en el cual se acentuó mucho, elevándose los mejores



## Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

### La verdadera educación, según el Dr.

A. Lawrence Lowell, Rector de la Universidad de Harvard.

estudiantes y decayendo relativamente más los inferiores.

Los productos que ofrecemos son de un carácter peculiar. La máquina, si optamos por llamarla así, que colocamos en el mercado no corre muy blandamente las primeras 100 millas o algo así, con lo cual quiero dar a entender que no correrá tan bien como una máquina inferior que ha estado corriendo por algún tiempo; pero pruébese y déjese correr un rato y véase luego cómo resulta la comparación. Creo que se observará que la diferencia es muy considerable entonces.

Ahora bien, ¿cuál es nuestro proceso de manufactura? ¿Cómo tratamos de hacer estos productos singulares e inciertos? Seguimos una política que no es entendida del todo por aquellos que no conocen la constitución de la mente humana. Me sorprendió la lectura de la *Historia de Inglaterra* de Trevelyan en un pasaje relativo a las universidades medioevales. Lo leeré simplemente, porque no deseo pasar a cuchillo las palabras de un hombre como George Macaulay Trevelyan. Dice así:

«El estudio primordial de las universidades medioevales fué una enseñanza peculiar de la lógica. La gran obra del escolasticismo medioeval y lógico fué adiestrar y sutilizar el crudo intelecto de Europa. El progreso intelectual de la edad media no ha de medirse por resultados en el pensamiento original, que estaba como en entredicho, o al menos en un confinamiento estricto, sino por la capacidad con que los hombres aprendieron a manejar sus materiales filosóficos, apesar de que mucho de la materia en discusión nos parezca tan vano y nugatorio como el tan debatido problema. «¿Cuántos ángeles pueden descansar sobre la punta de una aguja?» La deuda que tenemos con estas antiguas cuchilladas de carnicero de la lógica no es menos grande por ser estrictamente inestimable.»

Existe una teoría, en un tiempo llamada «Teoría de la Recapitulación», que consiste en que todo lo que está en crecimiento recapitula la historia de la raza humana; que el niño comenzó como un salvaje, después se convirtió en un bárbaro, en un semicivilizado luego y así sucesivamente. Esta teoría ha sido, naturalmente, desechada, pues sabemos que los niños no son salvajes.

Pero como algo de esto hay de cierto en lo que atañe a la evolución mental de la raza, las universidades medioevales justamente adiestraron a los hombres en el pensamiento abstracto y los acostumbraron a conducirse con su material—

considerar ideas abstractas, pensar con claridad y desarrollar el poder de manejar cosas que no se advierten con los sentidos materiales, lo que más tarde fué de valor al aplicarse a resultados provechosos.

De este modo es cierto que el cultivo de la mente por los colegios es un esfuerzo para que los hombres piensen con exactitud, para que discernan entre lo esencial y lo accidental en lo fenomenal, y para disciplinar la imaginación a que abarque cosas que no pueden sentirse o percibirse por medio de los sentidos materiales. Este es el gran objetivo de la educación del colegio. No es meramente dar conocimiento. El conocimiento se desvanece, mas la sabiduría, yo lo admito, es, después de todo, una percepción del valor relativo de las cosas.

Sé que algunos de vosotros estáis diciendo, «Eso está muy bien, pero ¿por qué no enseñar al hombre a pensar sobre tópicos que él pueda aplicar, sobre cosas que son útiles así como sobre cosas que son inútiles?» La respuesta, es, simplemente, que tratar con lo concreto no conduce al conocimiento de lo abstracto. El estudio de lo que es directamente aplicable no tiende a dar una concepción de las cosas que no se perciben por los sentidos mismos. La mente que se dirige a lo práctico no se entretiene en vuelos de imaginación y en consecuencia, agranda su campo.

Recuerdo muy bien cuando era estudiante y estudiaba anatomía y fisiología comparadas con William James. Me dijo que él podía escoger fuera de la clase, aquellas personas que intentaban ser médicos, porque dedican el tiempo al estudio de huesos humanos y por lo mismo dejan de concebir, como lo hacía el resto de nosotros, la fisiología, es decir, las funciones de la vida animal, que eran, después de todo, las cosas esenciales y de valor en el curso.

Permitidme poner esto de una manera diferente. El bien real que deseamos no es el conocimiento sino la capacidad de hallar recursos. Lo que quiero decir es que el arte que crea las cosas grandes y las pequeñas no es la capacidad para resolver problemas. Esto puede parecer una afirmación curiosa, pero el arte verdadero de la vida consiste en encontrar qué es la cuestión por resolverse, y la persona que pueda hallar qué es el problema planteado es el hombre que realmente presta contribuciones a la vida.

Es comparativamente fácil disciplinar a la gente en la solución de problemas ya planteados; pero el hombre que puede ver un nuevo problema y plantearlo es el hombre que hace el progreso real, y esto es cierto en todo. Sabéis todos perfectamente bien que el joven que deseáis en vuestros negocios es el hombre que percibe que hay algo por hacer y que no se ha hecho todavía; y después la cuestión de encontrar cómo hacerlo es comparativamente simple. Tuve hace algún tiempo la fortuna de conocer a dos hombres cuyas contribuciones a la medicina han sido grandes. Uno de ellos fué Banting, a quien conocí en un al-

muerdo en Toronto, y teniendo yo el privilegio de ser el más viejo, le dije: «Dígame como la encontró Ud.»; y me contó cómo hizo el descubrimiento de la insulina. Ha sido una historia maravillosa. Desearía tener tiempo para relatarla aquí. Corto tiempo después encontré a nuestro Doctor Minot, a quien interrogué cómo había convertido el uso del hígado en el tratamiento contra la anemia perniciosa, aboliendo prácticamente esa enfermedad, fatal siempre antes, pero sin importancia al presente. Me explico su procedimiento. Y en cada caso la gran cuestión fué ir hallando en qué consistía el problema. Resolverlo después ocupó mucho tiempo, pero la cosa realmente grande fué sorprender qué problema había por resolver. Esto, decimos, es capacidad de hallar recursos; y en realidad es lo que nos empeñamos en impartir.

¿Cómo puede adquirirse la capacidad de hallar recursos? ¿Aplicando el chorro de la información sobre el hombre? No, absolutamente no. Hay solamente una cosa que en realidad disciplina la mente humana, y ésta es el uso voluntario de la mente por el hombre mismo. Podéis ayudarle, podéis guiarle, podéis sugerirle, y por encima de todo, podéis inspirarle; pero lo único digno de poseerse es aquello que él obtiene por sus propios esfuerzos; y lo que obtiene está en proporción del esfuerzo que en ello pone. Es el ejercicio voluntario de su propia mente y poco me cuido de saber en qué la ejercita.

Noté que en su estudio, Mr. Gifford no prestó atención alguna a los tópicos estudiados por sus hombres, e imagino que la razón ha sido que él no ha considerado esto importante. Hace veinticinco años yo mismo hice estudios acerca de la relación entre el grado de aplicación en el colegio y el grado de aplicación en nuestras escuelas de leyes y de medicina hasta donde pude fácilmente obtener las cifras, y justamente encontré lo mismo que él encontró: que los hombres que habían ocupado un grado elevado de aplicación en los cursos del colegio, con algunas excepciones, eran en un término medio los hombres de clasificación elevada en las escuelas de leyes y de medicina. Consideré también en esa ocasión los tópicos que habían estudiado, encontrando que no había diferencia. No existía una diferencia perceptible entre los hombres que habían estudiado un tópico u otro; pero sí era grande la superioridad de parte de los hombres que realmente habían hecho obra en el colegio y habían aguzado sus mentes por medio del pensamiento arduo.

Dado un cierto voltaje de energía intelectual, salvo en hombres excepcionalmente constituidos, puede encauzarse casi en cualquier canal y hacerse efectivo. Lo importante es el grado de voltaje, lo cual debe resultar haciendo que los hombres aspiren a educarse ellos mismos.

Hubo la teoría de que la manera de hacer que los hombres se educaran por sí mismos era seleccionar el asunto en el cual estaban interesados y estudiarlo. El obstáculo consiste en que de diez jóvenes, nueve, a esa edad, no tienen un

interés verdadero, y si se les interroga en qué consiste ese interés, escogen el asunto que ofrezca el menor obstáculo. En otras palabras, su objeto, en lugar de ser el cultivo de sus mentes por medio del esfuerzo, consiste en cultivarlas con el menor gasto de energía.

Ahora bien, ese es el procedimiento errado. Todo el que tenga que ver con jóvenes que posean una ocupación, verifica que cada cual llega a interesarse en aquello que realmente hace con entusiasmo. En otras palabras, el hacer no viene del interés, sino que éste viene de aquél. Esto es, todos vosotros estáis interesados en las cosas que estáis haciendo. No es porque nacierais con un interés natural por esa suerte especial de asuntos. Sabéis perfectamente bien que pudisteis haberos deslizado hacia otros campos; pero tan pronto como hacéis una cosa y tratáis de hacerla bien, os interesáis por hacerla, sentís que vale la pena hacerla.

Tal es el sistema que tratamos de seguir para educar en nuestra factoría, y cuando digo *nuestra*, quiero dar a entender que los colegios de los Estados Unidos hoy son sabedores de que los estudiantes han puesto voluntariamente en su obra una cantidad de energía inmensamente ínfima. Creemos que ha mejorado nuestro producto y, para volver a lo que dije al comienzo, es de un costo mucho mayor. Pruébese y véase si representa ese costo.

Y sobre todo, permitidme pedir una cosa: Ayudadnos a hacer un buen producto. Cuando vuestros hijos vayan al colegio, no os sintáis satisfechos de que ganen el año y obtengan otras ventajas muy sustanciales que proceden del colegio; sino sentid que cuando parten, parten a obtener una educación, y haceldes sentir que es la educación que esperasteis que obtuvieran.

El gran obstáculo está en los padres que no desean que sus hijos adquieran una educación. ¿Por qué, entonces, los envían al colegio? No me empeñaré en responder esa pregunta. Podéis contestarla mejor que yo.

Pero el hecho es que muchos padres no se cuidan seriamente de que sus hijos adquieran una educación. En otros términos, no se cuidan de una manera seria de que ellos salgan del colegio con una mente bien disciplinada y disciplinada por sí misma, que pueda llevarse a campos de gran utilidad para este país.

Creo ahora que todo hombre esta capacitado para pensar que el objeto particular en el cual él está comprometido es el más importante para el país, y por lo mismo me habréis de perdonar si yo creo que nuestro producto de hombres es el más importante para el futuro; y pido vuestra ayuda para sostener en alto las manos nuestras que lo hicieron, lo que determinará cuál será el mejor destino de los Estados Unidos en el siglo venidero.

A. Lawrence Lowell

(Leído en la comida anual de la Cámara de Comercio, en la ciudad de Nueva York. Traducido de *The New York Times*, para el *Rep. Am.*)

## Carta de J. Pijoán

Pomona College  
DEPARTMENT OF HISTORY  
CLAREMONT, CALIFORNIA

19 Dic. 1928

Querido Sr. García Monge:

Acabo de llegar de España donde he ido tres semanas para asuntos concretos: una residencia de Estudiantes en la Universidad de Madrid que paga un *indiano*, amigo mío, el tomo tercero de mi *Historia del Mundo*, un encargo para la Exposición de Barcelona, etc.

Allí, y por el camino—en París—oí hablar de Ud. y del *Repertorio* con inevitable admiración y simpatía. Yo creo que es lo único que leen de América los intelectuales españoles y casi no necesitan leer gran cosa más, porque dicen, allí está todo! Además esta generosidad de Ud. metiéndoles el *Repertorio* en su correo sin que ellos se enteren ni les cueste nada, les hace sonreír, pero confíen que se ha creado el hábito y no pueden pasarse de estas ocho hojas semanales de cultura hispánica.

Por cierto que en uno de los últimos números, que he devorado al llegar, leo esta *advertencia*: «De tal modo ha aumentado en estos últimos tiempos la *colaboración directa*, que nos vemos obligados, en adelante, a restringir un

poco las reproducciones<sup>(1)</sup>». Esto me ha alarmado. Creo que para muchos de nosotros la importancia del *Repertorio* proviene de ser un archivo de todo lo interesante que se publica en la prensa de la América Latina y hasta de España. Hay también el otro aspecto del *Repertorio* de ser un campo donde enemigos de diferentes ideas llegan para discutir y afinar sus opiniones. El mero hecho de tener que defenderse en un periódico de Costa Rica, les hace ser más moderados, razonables que si se pelearan con sangre y tinta en Lima o en Caracas. Pero no hay duda que la más importante función del *Repertorio* es la de recoger el material perdido en la prensa *colonial* y darlo a la *metró-*

(1) El Editor de *Rep. Am.* ha desistido de restringir las reproducciones. Y a propósito de lo que Ud. dice, Sr. Pijoán, coincide con el suyo el parecer de Félix Lizaso, escritor cubano de los escogidos, externado en carta de estos días. Dice él:

Si supiera que me apena un poco que el *Repertorio* quiera ir perdiendo su carácter. Los envíos directos, Ud. lo sabe, comprometen mucho. Y son tan oportunas las reproducciones, en muchos casos. Tener el *Repertorio*, era como tener la vibración de América! Y las polémicas! las interminables polémicas que nos gustan tanto, pero nos desgastan más. ¡Y si siquiera hubiera buena fe!

*polis americana*, que es una ciudad ideal formada por los mil emigrados y gentes que piensan de España e Hispano-américa. Como Ud. sabe esta metrópolis es muy pequeña. He dicho mil habitantes; quién sabe si son menos! Pero crecerá, crecerá y el *Repertorio* es su *Voz*, su *Diario*, su *Sol* y su *Nación*.

Con que le ruego: continúe por bien de todos usando las tijeras. Esto que el *Repertorio* no tenga en cada número su artículo de fondo ni una pequeña nota editorial del Director es su mayor grandeza. Ud. aparecerá en el futuro como el santo americano con unas grandes tijeras y sin pluma de doctor.

En Europa nadie le conoce a Ud. más que por correspondencia. Es Ud. algo enigmático: no saben si es Ud. alto o bajo, viejo o joven, guapo o feo! Sólo en Nueva York oí una anécdota de Ud. que acaso no sea exacta, pero que debería Ud. permitirme publicar algún día. Me contaron que una vez, Ud. vino a los Estados Unidos a visitar

a un amigo suyo, creo compañero de infancia, para proponerle algo que Ud. consideraba muy importante para ambas Américas. No sé si Ud. esperaba de él ayuda, o simplemente consejo y simpatía. Dicen que su amigo le dejó hablar por más de una hora sin interrumpirle y que cuando Ud. calló, algo cansado, su amigo por toda respuesta dijo esta frase tan americana y tan española.—Y diga don Joaquín, ¿qué hay de mujeres?—A lo que añaden, Ud. replicó poniéndose el sombrero y marchándose sin despedirse. Esta anécdota es un tesoro. Así nos perdemos. Un poco de rigosidad y vulgaridad ahoga nuestros mejores impulsos. Con bromitas así los mejores están en la emigración y leemos cosas como los tormentos de Venezuela, y podíamos añadir lo que pasa en España donde se mantienen gentes en presidios y castillos más de tres años sin juicio ni sentencia... Y... ¿qué hay de mujeres?

J. P i j o á n

## Tablero = 1929 =

**A Haya de la Torre, de manera cobarde y aviesa, se le ha impedido desembarcar en Panamá y se le ha obligado seguir a Alemania**

Colón, R. de P.  
18 de Diciembre de 1928.

Señor don  
Joaquín García Monge  
Director de *Repertorio Americano*  
San José, Costa Rica.

El imperialismo yanqui en uno de sus puntos de avance—República de Panamá—para sojuzgar los pueblos hispano-americanos, acaba de impedir el desembarque de Haya de la Torre y le ha obligado seguir a Alemania. La diplomacia del dólar con este acto bochornoso ha querido acallar al verbo generoso que está dedicado en la grandiosa tarea de inflamar el espíritu de nuestra América Hispana, para que se apreste a la lucha en defensa de su territorio, que malos hijos lo están vendiendo trozo a trozo a Wall Street.

A Haya no se le ha tratado como un intelectual de relieve en América, ni como el Apóstol que arrojando con valor la miseria viaja en misión redentora. Se le ha tratado en forma tan dura y tan cruel como si fuera un avezado delincuente. Los esbirros evitaron que pisara tierra panameña, pese a las gestiones de un grupo de intelectuales que cumplían el deber de salvaguardar el derecho de libre tránsito. El gobierno panameño, estúpido instrumento del Tío Sam, a pesar de haber autorizado por intermedio de su representante en San José la visita de Haya en Panamá—que no otra cosa significa el vise del pasaporte por el Secretario de la Legación Sr. Ricaurte Rivera—lo obliga a seguir

viaje a un punto distinto de su destino; se le pone en la situación de pagar su pasaje, se le envía desprovisto de ropa adecuada para el riguroso invierno en que actualmente se encuentra Europa. Se le arroja casi en la miseria, porque solamente llevaba recursos para llegar a México, lugar de su residencia.

Actos salvajes de esta índole sublevan el ánimo, aumentan el reservorio de odios y hacen formular indignado la protesta más enérgica contra la mano criminal de la tiranía imperialista secundada por

ridículos tiranuelos de nuestras repúblicas. Gobiernos convertidos en mercados inescrupulosos, violadores de todo derecho de manera incesante, sistemática y deliberada. Perseguidores absolutos de la virtud, sobre todo si va unida a la inteligencia; es una persecución de tal modo amplificada que ninguna clase social puede ponerse a cubierto de ella. Gobernantes que están movidos por una feroz, cruel y no menos ilegal hostilidad contra todo lo que pueda determinar asomo de libertad. Asistimos a una verdadera prostitución de la Justicia. Gobiernos que no se asientan sobre el afecto de los pueblos, sino sobre la fuerza. Han hecho que entre la idea de libertad y la idea de orden no exista asociación sino antagonismo, erigiendo como sistema de gobierno la negación de la Libertad.

ISMAEL REAÑO VERA  
Estudiante peruano desterrado

### Referencias:

Hoy ha venido a mi celda y me ha alargado un libro pequeño, que me ha dicho que era *La Pasión*. Yo lo he tomado sonriendo ligeramente (con una sonrisa de quien ha leído a Strauss y Renán). Luego he principiado a leerlo y, poco a poco, he ido experimentando una de las más intensas, de las más enormes sensaciones estéticas de mi vida de lector. Se trata del libro de Catarina Emmerich, y es un libro de una extraordinaria fuerza emotiva, de sugestión avasalladora. Aparte de *La educación sentimental*, de Flaubert, y de las *Poesías*, de Leopardi, que son los que encajan más en mi temperamento, yo no recuerdo otro que me haya producido esta impresión. La autora cuenta simplemente el drama del Calvario, como si lo hubiese presenciado, como si fuera una de las Marías.—*Cita de Azorín*

San Agustín tiene en sus *Confesiones* un pasaje maravilloso, en que hablando de Dios dice: ¿Quién comprenderá, quién expresará a Dios? ¿Qué es lo que brilla así por momentos en los ojos de mi alma y hace latir mi corazón de temor y de amor? Es algo muy diferente de mí, y por eso estoy helado de miedo; es algo idéntico a mí mismo, y por eso estoy inflamado de amor.» No puede expresarse mejor el origen del miedo a Dios y del amor hacia él.—*Cita de M. de Unamuno.*

Somos de una época en la medida en que nos sentimos capaces de aceptar su dilema y combatir desde uno de los bordes en la trincheras que éste ha tajado. Porque vivir es en un esencial sentido, que luego nos saldrá al paso, alistamiento bajo banderas y disposición al combate. *Vivere militare est*, decía Séneca haciendo un noble gesto de legionario. Lo que no se nos puede pedir es que tomemos partido en una lid que dentro de nosotros hallamos ya resuelta. Cada generación ha de ser lo que los hebreos llamaban *Nefalí*, que quiere decir: «Yo he combatido mis combates».—*Cita de J. Ortega y Gasset.*

## REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.  
De Filosofía y Letras, Artes,  
Ciencias y Educación.  
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega .....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas) .....	12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno .....	\$ 6.00
(oro am.) .....	

Avisos:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro  
la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.